



Margot
Chamorro

Tiempo roto

Tempo rachado

Traducción de Emma Rodríguez Chamorro

ménades



olvidadas

ebook

TIEMPO ROTO

Tempo rachado

MARGOT CHAMORRO

Traducción y notas:
Emma Rodríguez Chamorro



Tiempo roto

*Primera edición, 2019,
del original Tempo rachado,
publicado en 1999*

© Margot Chamorro

De la traducción y las notas:
© Emma Rodríguez Chamorro

Diseño de portada:
© Sandra Delgado

Imágenes interiores:
© Archivo familiar y © Archivo Fotográfico Pacheco, Ayuntamiento de Vigo

© Editorial Ménades, 2019
www.menadeseditorial.com
ISBN: 978-84-121285-1-2



NOTA DE LA TRADUCTORA

Siempre recordaré aquellas tardes de verano en el parque de Castrelos, haciendo corro con mis primas entorno a mi tía Margot.

Cuando yo era una niña, mi tía, la autora de estos relatos, además de leernos a Federico García Lorca y a Bertol Brecht, solía contarnos historias de su infancia, de aquel tiempo roto, de antes de la guerra y de después de la guerra. Del hambre, del cine, del chambo... Por eso siento aquellos años tan cercanos, como si también yo los hubiera vivido, y me conmueven tanto las imágenes de aquel tiempo.

En la película española Para que no me olvides, de Patricia Ferreira, el protagonista le comenta a su novia las historias de la guerra que le había transmitido su abuelo (interpretado por Fernando Fernán Gómez), de las que la novia no tenía ni idea.

Me di cuenta entonces de que, durante todo el franquismo, en la mayoría de las casas de los vencedores nunca se hablaba de la guerra. No así en las de los vencidos, siempre en voz baja, y recordando que aquello no podía decirse fuera.

Siendo niña animé a mi tía a que pusiese por escrito aquellas historias que nos contaba, y a los catorce años, cuando fui a una academia a aprender a escribir a máquina, le mecanografié el primer manuscrito de estas narraciones.

Todavía tuvieron que pasar algunos años, y morirse Franco, para que finalmente se publicase el libro en gallego.

Ahora, con esta traducción, quiero dedicarle un homenaje a mi tía Margot y a toda aquella generación, para que no las olvidemos, y para que tampoco nuestras hijas las olviden.

Emma Rodríguez Chamorro

TIEMPO ROTO

Tempo rachado

Dame tu mano. Juntos vamos a recorrer el camino de mi infancia. Me gustaría que esto que te voy a contar fuese como un libro de estampas, y que al pasarlas una a una pudieras formarte una idea de cómo éramos los niños de entonces. Aquellos niños que aprendimos a cantar el «Cara al sol», con aquello de... volverá a reír la primavera, cuando teníamos por delante un tiempo de invierno tan largo..

1

LA CASA DE LA ABUELA

Mi abuela vivía en el campo que estaba junto al Castillo de San Sebastián, del lado de arriba del Callejón. Por abajo, el camino se hacía más corto y no había que subir tanta cuesta.

Después de pasar la calle de la Herrería ya se veía un trozo del campo, pero todavía quedaba por andar el camino estrecho y mal empedrado, con casas pequeñas a un lado y un muro de piedra cubierto de hiedra y silvas al otro.

Si dejaba un poco sin andar y me metía por el lado de detrás de la casa de la abuela, me encontraba con el Callejón. El Callejón era pequeño, apenas un trozo de tierra cenagosa en el que se alzaban como viejos espantajos las casuchas que cobijaban a un montón de gente.

Los niños del Callejón eran los niños más pobres de los alrededores. No se dedicaban a pedir, pero robaban pescado en la Ribera y al anochecer iban a por el rancho del cuartel. Salían de las casas como conejos y ni de pequeños ni de mayores pisaban la escuela. Vestían cualquier cosa y andaban descalzos. El Manoliño, el nieto mayor de la Marañas, todavía seguía durmiendo en la cuna, y contaba su abuela que, como el maldito rapaz no hacía más que crecer, le faltaba cuna y le sobraban piernas.

Allí todo era como en el teatro, como si las casas fueran de cartón y las gentes comediantes. Detrás de esa fiesta andaba el tío Trelles, con las manos y la cara siempre llenas de herrumbre y el pelo, blanco como la nieve, saliéndole en penachos por los agujeros de la boina. Arreglando hierros, golpeaba de continuo en el yunque, subiendo y bajando el martillo. La Fanica, sentada en la puerta de la casa, se peinaba el largo cabello, y a su lado el Monchiño, con la barriga al aire, tomaba el sol y se hurgaba en la nariz. Chaquetón venía con un jarro lleno de vino tinto en la mano, y la mujer de las estacas bajaba con ellas debajo de cada brazo dejando dos surcos paralelos en el suelo, mientras en su cabeza se balanceaba una tina de ropa ya seca. Alegrando el suelo con el color de las plumas y la pincelada carmesí de las crestas se movían despacio las gallinas, y el gallo, a menudo, bailaba saltando entre ellas.

Cuando los rapaces venían con el pescado de la Ribera, dejaban en casa el cacharro y el gancho y salían a jugar. A mí me gustaba muchísimo mirarlos. Con la nariz aplastada contra el cristal de la ventana, los veía ir y venir cogiendo cosas con las que preparar el campamento: trozos de saco, papeles y hojas para arder en la hoguera, palos para hacer las espadas y unos gorros que algunas veces eran medias enfundadas hasta las orejas con el colgajo del pie volando al viento; o bien los hacían con hojas de los árboles; y cuando iban a coger tiras de hojalata a la Metalúrgica, hacían unos con los que incluso parecían guerreros de verdad.

En el cerro ponían el campamento, clavaban las cañas en el suelo y como techo utilizaban unos trapos de saco. Después encendían las hogueras y fumaban pitillos de hojas secas que les hacían toser como condenados.

A continuación venía la guerra. Las espadas chocaban con fuerza, los guerreros caían heridos y morían un poco, después se levantaban y volvían a luchar. Los gritos eran ensordecedores, y por encima de ellos el cacareo de las gallinas que, abriendo el compás de sus garras, saltaban como locas creyendo que la guerra iba a por ellas y, trepando por el muro hasta encontrar donde sostenerse, seguían con los cacareos mirando de reojo, con el pescuezo ladeado, todo aquel estruendo.

El campamento acababa siempre saltando por los aires. Algún cacique no estaba de acuerdo, alguien no había muerto cuando el otro lo había matado, o tal vez un pescozón escocía más de lo que debía, lo cierto es que la pelea se encarnizaba. Tiraban entonces las espadas y la lucha se hacía cuerpo a cuerpo envueltos en el lodo. Esto no duraba mucho. Las madres se daban cuenta de que el juego pasaba a ser de verdad y cada una llamaba a los suyos.

A veces, la contienda de los rapaces pasaba a los mayores. Las mujeres hacían todavía más ruido que las gallinas. Arrastraban a los hijos para casa, pero ellas volvían a salir, gritaban, se insultaban, y a cada paso meneaban la mano derecha y se golpeaban el culo con ella.

Poco después, las ventanas iban surgiendo en la noche a la luz mortecina de las candelas. Se acallaban las voces. Las gallinas se recogían...

Mi abuela me llamaba al pie de la escalera. Ya era hora de cenar, ¡cómo pasaba el tiempo! Al salir del cuarto me subía a los pies de la cama para mirarme en la bola de cristal dorado que pendía del dintel de la puerta. Le hacía muecas a mi imagen, que parecía un sapo. Saltaba de la cama al oír la voz trémula de la abuela.

—¡Ya voy, abuela!

—Anda, anda y ven enseguida, y dile a tu madre que me mande el caldiño hirviendo.

2

EL SERMÓN

Mi abuela llegó de la iglesia. Con las influencias que sin duda había dejado en ella el sermón recientemente escuchado, se puso a hablar ella sola, desde la cocina, de hijos pródigos y de ovejas descarriadas.

Sentada en una silla, balanceaba yo las piernas mientras veía a mi tío ir y venir por la sala. Lo que decía mi abuela de la oveja pensaba yo que sería por él. También él debió suponerlo porque, cortando uno de sus paseos, se plantó delante de mí y me dijo:

—Qué te parece, Picotín, ¿tengo yo cara de oveja? Beee... —y baló como una oveja.

Huyendo de su mirada, dirigí mis ojos a sus pulgares, que metía por la cintura del pantalón de dril que siempre llevaba a la altura de las caderas. Después los subí hasta el cuadro del niño con faldones que tenía en brazos una mujer gorda que había sido mi bisabuela, conté los botones del uniforme de cabo municipal de mi bisabuelo, y empezaba a mirarle los bigotes cuando mi tío prosiguió con sus paseos. Murmuraba por lo bajo y a mí me parecía que tenía más de león que de oveja.

En una de sus idas le quedó atrás la zapatilla que llevaba de chancleta, y tuvo que volver con el pie descalzo. Buscó mi mirada y vio cómo la risa que no dejaba escapar de mis labios cerrados saltaba juguetona en mis ojos. Rió fuerte, parecía muy contento, y yo abrí los labios y reí con él.

Después de un rato, fue a buscar unos zapatos y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas como un moro. Me bajé de la silla y me senté a su lado cruzando las piernas como él. Mientras tanto, mi abuela todavía no había acabado con el sermón.

—*Con mi caja y mi cepillo... yo soy el dueño del mundo...*

Dejó el canto un instante y con el dedo gordo y el dedo medio hundió la piel del zapato por donde ya tenía unos recosidos, chascó la lengua en la boca y movió parsimoniosamente la cabeza con gesto preocupado. Levantó hacia mí su mirada:

—Esto se va Picotín... ja... ja...

La risa le cosquilleó en la garganta por poco tiempo, de nuevo volvió al gesto preocupado, y vuelta a chascar la lengua y a mover la cabeza, y vuelta a hundir la piel del zapato con el dedo gordo y el dedo medio.

Agarró la caja del betún y empezó a esparcirlo con tanta maña, con tanto aquel, que mirarlo hacer era un espectáculo muy entretenido.

—*Con mi caja y mi cepillo... yo soy el dueño del mundo...*

Ahora más fuertes, los murmullos de mi abuela nos llegaban desde la cocina.

—¡Por qué no callará...! ¿Eh, Picotín? ¡Ay... si callaras!

—*Con mi caja y mi cepillo... yo soy el dueño del mundo...*

3

SACRIFICIOS

La campanita que tenía encima de la mesa repicó loca en su mano, y un vuelo de velos negruzcos rubricó su negativa.

—*¡No... no, y no! Ofrézcanle este sacrificio a Dios en pago a su infinita misericordia.*[1]

Y el sol seguía cayendo con fuerza sobre la arena del patio. Y un vaho caliente se colaba por las ventanas abiertas de la escuela. Y la aguja se ahogaba en las manos. Y de las gargantas secas salía una ronquera que adormecía. Y a dos pasos de nosotras, el agua que Dios nos enviaba caía inútil en la pila de piedra.

Suplicamos una y otra vez y la respuesta de la monja era siempre la misma. Seguí cosiendo y, de pronto, me encontré hablando con Dios, convertido en arriesgado rencor el antiguo miedo.

«¡Ya no te quiero, Dios! Y ya no te quiero porque tú no eres bueno. Te gusta que pasemos sed, con el calor que hace. Te gusta que estemos todas las tardes del mes de mayo encerradas en la iglesia, cuando la vida estalla derramándose por la tierra, y en lugar del aroma de las flores prefieres el olor repugnante del incienso. Te gusta que nos pongamos piedrecitas en los pies, y tú tienes que saber el daño que hace eso. Nos pides que dejemos el postre y no comamos la merienda, y tú que todo lo ves tenías que saber que en mi casa nadie sabe qué es eso del postre, y que son muy contadas las veces que media oncita de chocolate le da algo de sabor al pan de la merienda. Tú dices que te complace nuestra pobreza, pero son las niñas del Salón las que siempre te llevan en la procesión. Ellas tienen todo aquello por lo que a nosotras, que no lo tenemos, nos has prometido el cielo, pero yo bien veo que ellas están siempre más cerca de ti. Los primeros bancos detrás del altar mayor son para ellas. Tú llegas en la comunión más pronto a ellas que a nosotras. Presides la puerta de sus casas. Estás en sus mesas, siempre llenas, y tus ángeles de la guarda velan sus sueños placenteros, sin goteras y sin vientos que les soplen por debajo de las puertas ni por desvencijadas ventanas. Sus casas están calentitas y huelen bien. Tú dices que es a nosotros, los pobres, a quienes más quieres, y yo entonces no lo entiendo, y me voy olvidando poco a poco de aquel amor que te tenía, y recelo de ti. Ya no te rezo cuando me acuesto y mis ojos te huyen cuando me miras desde el retrato que está a los pies de mi cama. Tus ojos caen sobre mí y yo siento vergüenza, porque me duele la pérdida de ese cariño que yo te tenía».

«Si me lo mandan te seguiré rezando, iré a misa porque no puedo dejar de ir sin que me echen de la escuela, si hay que confesarse y comulgar, me confesaré y comulgaré. Y bien, eso será todo. No cuentes con volver a confundirme. No te haré caso, no podré creerte. Tú eres un mentiroso, un Dios ruin, que das la sed y el agua para mitigarla, pero que luego te da por decir: «¡No, no, no

quiero que bebáis! Necesito vuestros sacrificios, y solo estaré contento con vosotras y os abriré las puertas del cielo si me ofrecéis sacrificios, si venís mucho a misa, si rezáis todos los días.».

¿Cómo te pueden gustar nuestros rezos dichos a la fuerza? ¿Cómo puedes escuchar este largo rosario de las tardes, este *krieleisón* sin sentido? ¿Qué te decimos cuando decimos *Krieleisón*, porque yo nunca lo he sabido, y llevo años diciéndolo, día a día. Y siento que tanto vale rezar como callar la boca. Pero tenemos que rezar. Todos los momentos son buenos para repetir: *Krieleisón, Krieleisón, Krieleisón...*».

4

EL ARMARIO

Cuando se abrían sus puertas, el cuarto se inundaba de un color raro, que incitaba a rebuscar al encuentro de tesoros perdidos en el fondo de sus cajones.

Serio, tristón, pintado de negro, parecía darse cuenta de que su misión no era la de un armario cualquiera. Guardaba avariento en su interior un montón de cosas que hablaban de días tristes, de días felices, de días que habían quedado muy lejos en el tiempo... Sus puertas enfadadas, siempre cerradas a pesar de nuestros intentos, solo se abrían al conjuro de aquella llave que guardaba mi abuela en el fondo de la faltriquera, perdida en un mar de sayas y refajos.

Yo no había conocido a mi abuelo, pero allí dentro estaba aquel clarinete negro de llaves blancas, y era como si un trozo de él se hubiera quedado allí, al lado de aquel lazo de la corona de flores que hablaba de su muerte.

Me gustaba ponerme aquel dengue de terciopelo negro forrado de raso. Subía corriendo las escaleras y me iba a mirar en el espejo grande de la sala, pero el temor a que la abuela cerrase el armario me hacía volver.

Cucharitas, cabos de velas, candelabros, ropa antigua y una caja de lata llena de pequeños tesoros: cajitas, un guardapelo de plata, botones con escudos, abanicos... Yo pedía sin descanso, pero mi abuela, también sin descanso, decía siempre que no, y al final venía la llorera.

Lo que más me hizo llorar fue aquel misal italiano. Había intentado leerlo, pero solo había podido darle sentido a la palabra de una oración de la primera página que decía «*Signore*». Yo sabía que aquello quería decir señor, pues casi todas las oraciones comienzan así, aunque no era su lectura lo que más me atraía del misal. Tenía una dedicatoria que provocaba mi curiosidad: «A mi querida madrina», decía, y a continuación un nombre y una fecha: 1800. Pero tampoco era eso, y tampoco las tapas de nácar, amarillas por el paso del tiempo. Todas esas cosas no dejaban de tener su aquel, pero lo que hacía que el libro fuese distinto era un brochecito que lo cerraba juntando las hojas ribeteadas de oro. ¡Poder abrirlo y cerrarlo cuando una quisiera!

Mi abuela no hacía más que decir:

—¡Pues estamos buenos, pero si no lo entiendes! ¡Si no lo sabes leer!

Y yo, queriendo rebatirle lo que parecía su única obsesión, le repetía una y otra vez:

—¡Sí que sé! —y lloraba, y leía aquella palabra: «*Signore*»—. ¿Ves cómo sé? —y volvía a llorar.

—¡Ay, San Sereno, es el gaitero de Cristo!

A punto de perder la paciencia, rebuscó por debajo de la mantilla y, palpando, forcejeó un rato. Yo seguía llorando y mirándola hacer. Sacó un atadillo de trapo en el que tenía sujetas con hilo algunas cruces y medallas. Soltó una, la más fea, y al ver mi pobre interés me dijo que era de plata y que le tenía mucha devoción, pues era la Virgen del Perpetuo Socorro, muy milagrera ella. Pero no era cierto que fuera de plata, pues la daban en los Redentoristas a las viejas que le hacían la novena a la Virgen. Además, yo no quería la medalla, yo lo que quería era el libro, pero me di cuenta de que, por mucho que porfiara, no me lo iba a dar, y ya no tenía ganas de llorar más.

Así que... cogí la medalla, le pedí un hilo y me la colgué del cuello.

5

SOLDADOS

Estaba a dos pasos del cuartel, y en las horas solitarias en aquel lado del campo se hacían compañía la garita y el viejo quiosco.

Ellos, los soldados, la llamaban «abuela», y ella, metidita en su barraca de tablones, les vendía la pobre mercancía: los churros mañaneros y los mataquintos. También tenía para los rapaces caballitos de pan de trigo y caramelos, y encima del mostrador aquella cesta de manzanas que se ponían mustias, y, para todos, el regalo de su sonrisa mellada.

La querían. Se notaba en la forma que tenían de hablarle. También en la estaca que le habían puesto al quiosco y que, a pesar de todo, no lograba detener la inclinación del mismo.

Por las mañanas y en los días de sol, las rayas de sus jergones ponían una nota de color vivo encima del muro gris del cuartel, y por encima de ellos no era raro ver asomarse sus cabezas pelonas y escuchar sus risas.

Cuando el sol se agachaba más allá del mar tras aquellos montes, el campo se llenaba de sombras y del repique de la campana de la capilla de las Hermanitas.

Poco después, sentada en la piedra que había al lado de la puerta, veía pasar a los rapaces del Callejón. Aparecían delante de mí corriendo, y corriendo se perdían en la loma del campo. Iban solos o emparejados, pero no hablaban, tan solo corrían queriendo, todos a una, ser los primeros en la fila que hacían delante de la puerta del cuartel. De allí a nada, aparecían de nuevo agarrando con las dos manos los cacharros negros por el humo, llenos del rancho sobrante de los soldados. Corrían con mucho tiento, teniendo cuidado de no verter la salsa, y una vez que lo dejaban en la casa, volvían por si todavía quedaba más, para poder volver a llenar el cacharro. Alborzados, se gritaban unos a otros, dando aviso de la repetición.

El campo se iba quedando solo, y a mí me gustaba quedarme sola con él, alzar la mirada y subirla al pozo negro del cielo, contemplar las estrellas y admirarme de que hubiese tantas, oír aquel oleaje rumoroso de conversaciones que salían por las puertas abiertas. El gramófono del Diego salpicaba aquel silencio con las rancias notas de un tango. Hasta mí llegaba con claridad su asmático renquear y, de pronto, la melodía se desmoronaba en mitad de una palabra que, rota, se repetía una y otra vez.

Algunas veces, el agudo maullido de un gato en celo rompía aquella paz. Yo me estremecía y, muy cerca de mí, el farol con su luz tristonera aceleraba por unos instantes el tintineo de sus cristales.

6

EL PRIMERO DE MAYO DE 1936

El primero de mayo era una fecha en la que los trabajadores festejaban uno de los mayores triunfos de su clase, la jornada de ocho horas. Este triunfo que hoy puede parecer pequeño fue el resultado de un montón de luchas y reivindicaciones llevadas a cabo por el pueblo desde la servidumbre y la esclavitud legalizadas, donde el hombre, y también la mujer y el niño, hacían jornadas de trabajo de dieciséis horas.

Yo lo viví. Estuve allí aquel día en que los trabajadores, fuertemente unidos, festejaban su día, el día que conmemoraba sus luchas; pequeñas y a la vez grandes victorias conquistadas ellos sabían a qué precio.

Desde la inocencia de mis todavía no cumplidos siete años, desde mi poca edad, sin apenas conocimiento, puedo dar fe de aquel día inolvidable, tal fue la fuerza con que me impresionó.

Estaba jugando en la Plazuela cuando se empezó a oír un rugido sordo, como de tormenta. Después, como un río revuelto que baja impetuoso, fue creciendo, creciendo: voces humanas y pisadas fuertes y, de pronto, en la vuelta que daba la calle que entonces se llamaba de Elduayen y que poco, muy poco tiempo después pasaría a llamarse de Calvo Sotelo, aparecieron miles y miles de mujeres y hombres que marchaban alegres. ¡Cuánta fuerza en aquellos brazos hechos al trabajo! ¡Cuántas ilusiones en aquellos puños erguidos! ¡Cuánta esperanza en aquellas palabras cantadas: «*Arriba los pobres del mundo, en pie los que no tienen pan...*»! ¡Cuánta fe en aquel «U. H. P.» repetido hasta el infinito! Banderas y más banderas. Martillos y hoces doradas sobre fondo encarnado. Las fuerzas del campo y la industria unidos en una misma lucha, un único afán: desterrar el hambre de la Tierra. «¡Uníos hombres proletarios!»

Cómo pudieron todas estas cosas impresionar a una niña tan pequeña, no lo puedo saber. Solo sé que todavía siento aquel golpe en mi pecho, aquel torrente de emociones que me embargó al ver pasar aquel río de gente bajando hacia la Puerta del Sol.

Y se fueron las últimas banderas y yo seguí allí, con la cara pegada a los barrotes de hierro de la baranda de la Plazuela, sin pensar en nada, atónita ante aquella visión que solamente viví una vez: el último Primero de Mayo del año 1936.

7

EL ALZAMIENTO

Abrir un libro de Historia de España y ver que en él se habla del Barrio de Lavaderos es muy gracioso, pues este barrio está aquí, estuvo aquí siempre, ahí al lado, como quien dice. El autor del libro quizás no sabía que nosotros lo llamábamos Lavadores y no Lavaderos, pero la cosa viene a ser lo mismo, el barrio es el mismo, y los hombres que vivían en él fueron los mismos hombres de los que habla el libro. Antes de la guerra lo llamábamos también *La Rusia Chiquita*. Era un barrio obrero. A las doce menos cuarto de la mañana, y antes de que pitaran las sirenas de las fábricas, bajaban las mujeres de los trabajadores de la Artística, de Barreras... iban siempre corriendo, el cesto con la comida para los hombres bien asentado sobre el rodete encima de la cabeza, los brazos como péndulos, sofocadas, sudando a mares, pensando angustiadas en los niños que habían quedado solos en casa.

—Han quedado con el mayor, que ya tiene siete años, ¡pero a saber lo que harán los tres juntos!

Recorrían todos los días el mismo camino llevando el corazón en la boca, temiendo oír desde lejos el silbato de la fábrica.

—¿Dieron las doce? ¿Ya tocó Barreras?

Se hablaban a gritos sin pararse a tomar aliento.

Por la tarde, los trabajadores volvían a casa. Subían en riadas, por la calle Llorones arriba, bulliciosos, en camaradería. Habían hecho una sociedad, *Os queixumes dos pinos*.^[2] Allí se reunían, hablaban de sus cosas y andaban también con los quehaceres del canto y del teatro.

Fue en *Os queixumes* donde vi por primera vez una función. Me quedé pasmada con el rebullir de los actores, con las luces... y me sorprendió el espeso silencio que se hizo en la sala cuando todo quedó a oscuras y, lentamente, se fue abriendo el telón de lado a lado. Fue entonces cuando a mi abuela le dio por liberar un «ay» de suspiro que rompió aquel silencio. La cosa no era para menos. El mayor de sus nietos, envuelto en una capa azul, más apuesto que nadie, se movía con mucho atrevimiento tras las candilejas, y la abuela no pudo evitar la exhalación. Por la sala se oyeron risas aisladas, y mi primo, sin perder el aplomo, sonrió por debajo del bigote pintado. Representaban *El médico a palos*, y al terminar, todos juntos, con el puño en alto, cantamos: «*Arriba los pobres del mundo, en pie los que no tienen pan...*».

Pero todas estas cosas cambiaron de la noche a la mañana, y entonces ya nada fue igual. El tiempo se rompió en dos, uno fue el de antes de la guerra, y el otro fue el de después.

En el barrio de Lavaderos crecieron las barricadas. La *Rusia Chiquita* resistió cuanto pudo.

La represión, como una comadreja, se ensañó con ella.

Yo entreví la guerra desde los ventanucos abiertos en la contra de nuestra ventana. Subida en el banco vi llegar a unos hombres. Hablaban con vehemencia, y al llegar a la Cosmopolita forzaron las puertas, haciendo trizas los cristales.

Aquello fue como un relámpago cayendo sobre la quietud de la calle temerosamente callada.

Pero eso pasó a la hora de comer, y la guerra ya llevaba tiempo en las calles. Debió empezar mientras yo dormía, porque cuando abrí los ojos aquella mañana temprano la radio de la Teresa gritaba: «¡calma... calma, compañeros!». Si bien la radio de la Teresa siempre gritaba, me extrañó que aquel día lo hiciese tan temprano. ¿Qué estaba pasando?

Desde la cocina me llegaban los golpes que daba la artesa de amasar el pan contra el banco. Mi madre estaba preparando la hornada.

—¡Madre, ¿qué fue?!

—¡Calla, duerme...!

—¿Por qué grita la radio?

—Porque estalló la guerra. Anda, duerme.

—Madre, si estalló la guerra, nosotros no podemos ir a la escuela.

—¡No, duerme...!

—¡Qué bien, estalló la guerra y no vamos a la escuela! —Llamé a mi hermana que dormía a mi lado—. Chitiña... Chita, ¡despierta, que estalló la guerra!

—¿Qué guerra?

—¡La guerra!, y nosotros no vamos a la escuela.

Me gustó la guerra. Aquella novedad que venía a romper la obligación de levantarse temprano e ir a la escuela. Después, pasado el tiempo, lloraría muchas veces por su culpa. Pero entonces...

La radio seguía hablando. La gente trajinaba inquieta. Los marineros que habían llegado por la mañana temprano al Berbés, se encontraron con la Lonja cerrada y andaban ahora por las calles vendiendo bonito. Todo el mundo andaba con un pescado colgado de la mano. ¡Cuánta hartura! Toda la casa olía a escabeche. Las mujeres corrían al horno a cocer las hogazas de pan. Le habían cogido miedo a la revuelta, que no se pudiese salir de casa. Se hablaba de los cañones de los barcos y de aviones arrojando bombas, pero en la guerra que yo miré desde el ventanuco no hubo barcos ni aviones, solo tiros que estallaban lejos. Angustiada, mi madre andaba como un perro rabioso de un lado para otro. Murmuraba bajito: «¿dónde estará metido este hombre? ¿por qué no viene para su casa?» y la pequeña le lloriqueaba en los brazos: «tiros... matan... malos... tiros... matan».

Subida al banco miré una vez más por el ventanuco. En aquel trozo de calle ya no quedaba nadie. Al poco rato se oyeron unos fuertes golpes en la puerta: «¡Carmen, Carmen, abre!». Nos echamos todas a llorar, por fin aparecía nuestro padre, pálido como un muerto, la camisa salpicada de sangre.

—¡Callad, no pasa nada! No estoy herido. ¡Callad, no lloréis!

Y mientras nuestra madre le palpaba el pecho, él temblaba como un mimbres y le rechinaban los dientes. Cuando cogió aliento, nos contó cómo a pocos metros de nuestra casa, en el centro mismo de la Puerta del Sol, se había puesto el Capitán Carreró, rodeado de la tropa, a leer la proclama del Alzamiento haciendo convocatoria del estado de guerra. Se oyeron gritos de «¡muerte a los traidores!» y se ve que un hombre intentó quitarle el papel de las manos. Y fue

entonces cuando el Capitán Carreró dio la orden de disparar, y un hombre que hablaba en ese momento con mi padre en la esquina de la Villa de París cayó fulminado soltando un chorro de sangre que le manchó la camisa. Cuando se dio cuenta de lo sucedido y quiso echar a correr, las piernas no le obedecían y tuvo que subir a gatas las escaleras del lado de la Villa de París.

Así fue, tal como yo lo viví, el día del Alzamiento Nacional en Vigo. El barrio de Lavadores dejó de llamarse la Rusia Chiquita. De *Os queixumes dos pinos* nunca más se supo. Cientos de hombres morirían doblados en las cunetas o tras las tapias de los cementerios. Otros huirían al monte, donde serían abatidos poco a poco. Muchos más se pudrirían en prisión o escondidos en las casas. Y a los que quedamos libres nos mutilarían con el frío de la larga noche de piedra[3] que comenzó una mañana tempranito con el dulce placer de no tener que ir a la escuela.

8

ALAMBRADAS

—No se puede cambiar el mundo. Los pobres siempre seremos pobres, no hay que darle vueltas. Lo que hay que hacer es trabajar y dejarse de chácharas. ¡Igualdades! Nunca tal se vio. Agachar la espalda e ir tirando. Lo que pasa es que muchos tienen las bisagras oxidadas como tu hermano. Mucho de mítines, muchas patrañas... y ya ves ahora, si no le llevas un poco de caldo caliente, ¿qué? Y con el alma siempre en un puño.

¡Don Macaco! Yo le llamaba así, y él a mí Picotín. Pero eso fue después, cuando salió de la cárcel y comprábamos el tebeo.

Yo iba a verlo de la mano de mi madre, caminando tras el soldado. Al vernos llegar, él ya venía hacia nosotras.

Una jaula muy grande. Telas de alambre la dividían en dos partes, y por el paso que quedaba en el medio iba y venía el soldado con el fusil a la espalda. Las voces, ya bajas, dejaban de oírse cuando él pasaba. Se ponían de pie, cara a las visitas, los rostros desvaídos tras los alambres, las manos incrustadas en ellos. Por el piso, contra la pared, hileras de jergones. Hombres tumbados. Junto a nosotras una mujer sofocaba los sollozos con el paño que tenía estrujado entre las manos; del otro lado un hombre le decía:

—Calla, calla. ¿Qué haces con llorar?, te van a echar fuera.

Y mi tío, también del lado de allá:

—¿Qué tal? ¿Cómo estáis? ¿No fuiste a la escuela?

—No, hoy no tuvimos.

—Y qué, ¿cómo andáis?

—Nosotros vamos tirando, ¿y tú? —decía mi madre.

—¿Qué quieres que te diga? Yo estoy bien, pero aquí nadie está seguro, ya han sacado a muchos...

Calla, pasa el soldado, vuelve a hablar:

—Viene el cura, los confiesa, y después se los llevan. Dicen que van a Pontevedra para hacer unas declaraciones, pero ya no vuelven. «Fulano de tal... fulano de tal...» El corazón de todos en un puño. Algunos se echan a llorar...

Calla, pasa el soldado, vuelve a hablar:

—Ellos saben a lo que van y tienen miedo, ¿y quién no? «Resignación, compañero, mañana nos tocará a nosotros.» Triste consuelo les damos. Muchos dejan mujer e hijos, ¿qué va a ser de

ellos? Llevan este pesar atravesado en el pecho.

Todavía me acuerdo de cuando me decía:

—Habrá pioneras, ya verás.

—¿Y yo tendré un pañuelo rojo para atármelo al cuello?

—Lo tendrás, ¡ya verás!, e irás a una escuela donde el saber no te lo darán por caridad, y donde no te mandarán rezar todo el día para pagar lo poco que te enseñan.

—¿Rezar es malo?

—¡Y tan malo! Tú aún no lo entiendes, pero con los rezos os hacen perder un tiempo que no se recupera jamás. Eres muy pequeña para darte cuenta de la tremenda desgracia que supone nacer pobre, pues hasta el saber se nos niega. Pero tú vas a ver cómo muy pronto todo va a cambiar.

Allí quedaba, encerrado en aquella gran jaula. Detrás de las alambradas los rostros desvaídos. Junto a la pared, a ras del suelo, jergones en hileras. Hombres tumbados. El guardia yendo y viniendo con el fusil a la espalda.

9

EL PASEO

Tenía el pelo del color de la zanahoria, por eso lo llamaban Roxo, si bien «rojos» era como llamaban también a todos los presos, tuviesen o no el pelo encarnado.

Aquel día, la fila que hacíamos delante de la puerta del Frontón^[4] con las cestas de la comida se estremeció toda y, de derechita como estaba, empezó de pronto a cobrar forma de serpiente. Hubo un ruido de tarteras y una salió volando por la puerta afuera, derramando la comida por el suelo. Se oyeron unos gritos de mujer que ponían los pelos de punta, y el portón de la cárcel escupió soldados y bayonetas que nos obligaron a recular hasta la pared.

Ya antes algo habíamos sospechado cuando aquella mujer empezó a decir:

—¡No sé, yo no sé lo que va a pasar hoy! El Xosé Ramón anda tristón, no sé... no sé...

Y otra:

—A mí me cogió el cesto de la comida callado; «Xosé Ramón», le dije yo, «¿qué pasa?». Y me respondió: «No pasa nada, mujer, no os alarméis».

—Pues me da el cuerpo que algo va a pasar. ¿A quién le tocará llevar la comida de vuelta?

«No está», es lo que decía siempre el Xosé. «Fue a Pontevedra a hacer unas declaraciones». Pero no levantaba los ojos cuando daba el recado.

—¿A quién le tocará hoy?

Y nadie hablaba.

«¿Me quitarán a mi hijo?».

«¿Le tocará a mi padre?».

«¡Tal vez sea mi hermano!».

Y nadie hablaba.

Surgió de pronto aquel alboroto, ahogado inmediatamente por las bayonetas que nos pusieron contra la pared. Al poco rato llegó un automóvil. Paró en medio de la calle y bajaron de él unos hombres. Los soldados, con los fusiles de través, nos apretaron aún más contra la pared. Cuando los hombres volvieron a salir, llevaban pistolas en las manos y apuntaban a aquel que tenía el pelo del color de la zanahoria.

—¡Roxo... Roxo... es el Roxo!

El nombre recorrió toda la fila, de arriba abajo.

Y aquel rapaz iba llorando, y sus ojos azules de perro apaleado clavaron su mirada en nosotras, colmados de una desesperación mansa, sumisa.

Todavía asomó su cara anegada en lágrimas tras la ventanilla de la parte trasera. Después, el automóvil arrancó y la fila que hacíamos se empezó de nuevo a curvar, ahora despacio, lentamente, en un silencio de muerte.

El preso que cogía los cestos de la comida no levantaba los ojos del suelo.

—¡Xosé Ramón! —le dijo la mujer que iba delante de mí, liberando un suspiro y moviendo la cabeza.

Pero el Xosé no dijo nada. Como un muñeco cansado, abría los cestos, sacaba la comida, y los devolvía en silencio, con los ojos bajos.

Anocheceía cuando, desde el tejado del convento de las monjas, sonó a muerto la campana que solamente tocaba a oración. Clavados en mí, los ojos azules del Roxo me miraban fijamente colmados de una desesperación mansa, sumisa.

10

LUCHA ENTRE HERMANOS

Las tropas nacionales habían tomado Zaragoza. Las banderas ondeaban al viento. Las radios, a todo gas, gritaban hacia la calle. Las tropas desfilaban en formación por allá abajo.

—¡Viva Franco!

—¡Arriba España!

Miré al balcón de enfrente. Hechas solamente para rezar, el misal en las manos en cruz cerca del pecho. El caminar melindroso. Las voces afectadas, como piar de pájaros. La mano siempre dispuesta para la señal de la cruz. Las hijas iban a la escuela, la misma a la que yo iba, pero ellas llevaban el uniforme de las del Salón, y entraban y salían a otra hora, para no juntarse con las gratuitas. El hijo, aprendiz de cura, mira que mira, con aquel ojo tuerto lanzado hacia nosotras. El padre, la dignidad reventándole en el pequeño cuerpo, ignorando a todos los vecinos, pero sacando reverente el sombrero a los Acuñas, tan en su pose de señor, le decía a Matilde:

—*¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Solo te falta la corneta y el tambor!*[5]

Matilde estaba mostrándonos lo bien que se le daban las acrobacias que había visto hacer a unos titiriteros. Con la cabeza abajo y las piernas arriba, al oír aquello se puso en pie de repente y, con la cara como un pimiento, atinó a contestarle entre descarada y divertida:

—Y usted tocándolos, ¿no?

En un instante se le rompió toda la compostura y levantando el paraguas que llevaba en la mano gritó:

—*¡Te doy un paraguazo!*[6] —Todas a una huimos del portal echándonos a reír.

Ahora, en aquel día de fiesta, toda la familia se movía como piojos eléctricos a lo largo del balcón, aplaudiendo a la tropa y chillando:

—¡Viva Franco!

—¡Arriba España!

Y cuando mi madre salió de casa para llevarle la comida a mi tío preso, la tristeza en la cara y el caminar huidizo, avergonzado, nueve ojos clavaron en ella su mirada y, mezclada entre los vivas a Franco y a la patria, nos llegó la frase:

—*¿Qué se creían algunos?!*[7]

11

U. H. P.

Ella no lo sabía. Era muy pequeña. No sabía. Nosotras sí sabíamos. Ya íbamos a la escuela, a la escuela de las monjas. De aquello sabíamos de sobra. «Tened cuidado con lo que se dice, decid solo lo que conviene», lo teníamos bien aprendido. Pero ella, la pequeña, nada sabía de aquellas cosas. Ella era como un papagayo y repetía lo que le enseñaban, sin haber aprendido todavía a hablar o callar según conviniera.

Por eso no supo el porqué de aquellas caras largas, de aquel silencio que siguió a su gracia, que tantos besos le había valido otras veces.

¡Es que no lo tenías que decir en aquel momento, pequeña!, aunque ¡benditos tus pocos años que te lo hicieron decir! Aquel momento era el momento de arrodillarse. La mujer del dueño de la relojería donde trabajaba nuestro padre te puso un patacón[8] en la mano, como a nosotras. Tenías que hacerte la humilde, bajar la voz y repetir con nosotras: «Gracias, muchas gracias». Pero tú, con el patacón en la mano, callaste defraudando a tu padre.

—¡Lauriña! ¿Cómo se dice?

Aquella pregunta te resultaba familiar. La habías oído muchas veces, pero no supiste ver la diferencia. Para ti no la había, y nos dejaste a todos tiesos cuando subiendo el puño gritaste:

—¡U. H. P.!

¡Dios mío! ¡La hiciste buena, pequeña! Los gritos de la dueña nos acompañaron hasta la puerta, así como la voz baja de nuestro padre, pidiendo disculpas.

—Usted ya sabe que yo educo a mis hijas. Van a las monjas, pero la pequeña todavía es muy joven para ir. Y estas son cosas de mi cuñado que es un chalado. Usted ya sabe que yo...

Se nos perdió su voz. Llevando a nuestra hermanita en medio cogida de las manos, miramos, al pasar, por el cristal del escaparate. Los brazos de la dueña seguían batiendo el aire y nuestro padre dirigía hacia ella aquel cacito de metal que ponía delante del ojo para mirar las piezas de los relojes.

12

VIVA RUSIA

La pequeña, mi hermana Lauriña, ¡tenía cada salida! Y todas le iban por la misma banda. Tenía tanta gracia para decir todas aquellas cosas que, desde que empezó a hablar hasta que se la llevó la meningitis, todo fue andar por encima de las mesas, y venga a cantar la *Internacional*, y «Viva Rusia», y mucho levantar el puño gritando U. H. P. Pero estalló el Movimiento y aquello se tenía que olvidar de puertas para fuera, quedar solo para los de uno, y esto la pequeña no lo podía entender. Si en casa le llovían besos y patacones, ¿por qué en la calle le ponían cara de palo? Aquello no tenía cabida en su cabeza, y un día...

Fue en la calle del Príncipe. Como otras tantas veces y con motivo de no se sabía qué, se juntaron muchísimos hombres. Los falangistas con la camisa azul y el yugo y las flechas rojas, los guardias cívicos con la cruz de Santiago en el pecho, los de la J. A. P., y todavía había otros que eran los requetés y llevaban una gorra roja con una borla dorada. Todos ellos levantaban la mano y cantaban el «Cara al sol», gritando vivas y arribas a cada paso.

Nosotras veníamos de visitar a mi tío, que acababan de pasarlo del cuartel de la guardia civil al Frontón cuando, al entrar en la calle del Príncipe, nos encontramos con aquello. Mi madre, conmigo en una mano y la Lauriña en brazos, entró en el primer portal que encontró. En el portal había una media docena de hombres. Fuera, mucho bullicio; dentro, silencio.

De reojo me puse a mirar a aquellos hombres. De pie, como clavados en el suelo. Nadie hablaba. Ni se miraban, ni miraban hacia la calle, puestos los ojos en un punto de la pared, o ni tan siquiera llegando a ella, vagando en el aire. Escuché las voces que venían de fuera:

—*¡España!*

—*¡Una!*

—*¡España!*

—*¡Grande!*

—*¡España!*

—*¡Libre!*

—*¡Arriba España!*

—*¡Viva España!*

Y fue entonces cuando, en brazos de mi madre, la Lauriña gritó también lo que ella sabía:

—*¡Viva Rusia!*

Creo que allí dentro dejaron todos de respirar. El silencio se podía cortar con un cuchillo. Los

ojos jugaron a las cuatro esquinas, golpeándose los unos en los otros, recelosos, con temor.

Después, cogiendo entre sus manitas la cara de la madre, todavía repitió:

—Y Rusia también, ¿no, mamá?

No le respondió. Con ella en brazos, me agarró de la mano y escapamos de allí sin mirar atrás.

13

LA OVEJA NEGRA

—¡Salud, Picotín!

—¡Salud, don Macaco!

Era la oveja negra de nuestra familia. El hijo más joven de mi abuela. El más guapo. Aunque para mí solo era don Macaco, y yo era para él Picotín.

Juntos matábamos el tiempo. Aquel largo tiempo de andar escondido en casa. Cazando moscas. Jugando al parchís. Haciendo trampas, ganando o perdiendo. Cientos, miles de caballitos. Mostrando a cada paso el diente de oro. La risa cosquilleándole en la garganta. El pitillo siempre entre los dedos quemados por la nicotina. El reloj de la sala dejando caer, terco, las horas. Un día y otro día. Invierno y verano, hasta que terminó la guerra.

Leíamos el *T. B. O.*, que ya tenía otro nombre, aunque para nosotros seguía siendo el tebeo. Corriendo como un perro galgo iba a buscarlo al quiosco de Adela, que estaba en la Puerta del Sol. Ya de vuelta me sentaba en su regazo y, entonces, comenzaba a leerme por la última página, porque en ella estábamos nosotros, Macaco y Picotín. Con más gestos que palabras me explicaba el contenido de aquellos cuadraditos blancos llenos de letras. Después, con una hoja del periódico me hacía un gorro como el de Picotín e íbamos a buscar bajo el fogón de la cocina unos palos adecuados para hacer de espadas y, más tiesos que una vara, marchábamos por las selvas del Amazonas viviendo las mismas aventuras del tebeo.

Pero los mejores momentos eran aquellos en los que mi tío se ponía hablador. Sentado en una silla de la sala, echaba hacia atrás la cabeza, mirando con tozudez el humo perezoso del pitillo. Yo me acercaba un poco, arrastrando la banqueta, recogía las manos en el regazo y esperaba. Le hacía gracia el encanto que tenían para mí sus historias y se echaba a reír. Hablaba mucho. Hablaba de América, de aquel barco enorme que lo había llevado tantas veces allí. De la gente que iba en él y se mareaba, de los niños que jugaban por la cubierta. Se acordaba de la chaqueta blanca con botones dorados que se ponía para servir las mesas, y del equilibrio para sostener dos platos en cada brazo. Imitaba el vaivén del barco, el zumbir del viento y el romper de las olas...

Yendo y viniendo, me hablaba de lo que estamos hechos, de la materia que anida la vida, y de la muerte que acabaría con todo. Renegaba del cielo y del infierno, patrañas que, según él, inventaban los curas. Se enfadaba por el mal reparto de la abundancia, unos todo y otros nada. Llegaba entonces a las luchas de los hombres que querían arreglar el mundo. Como siempre, terminaba hablando de la cárcel. Del cuartel de la Guardia Civil, del Frontón. De los camaradas que iban a hacer unas declaraciones a Pontevedra y ya no volvían. Del Rabioso, cuyo apodo ya

hablaba por él, el que iba a buscarlos para darles el paseo. De aquel rapaz, el Rosales, que aún tuvo coraje para replicarle cuando lo llevaban:

—¡No me toques, rata asquerosa! ¿De qué me conoces tú, eh? ¿De qué me conoces?

Le dieron un culatazo en el pecho. Las sombras macabras de los tricornios por las paredes y las bocas amenazantes de los fusiles sembrando miedos.

—¡Resignación, compañero, ya nada podemos hacer!

Algunas veces también reían. Y hacían chistes. Y jugaban con un patacón a cara o cruz: cara para los que les toque esta noche ir de paseo. Cosas de rapaces. Sangre nueva rebullendo, obstinándose en alejar el fantasma de la muerte haciéndole burla.

Hubo otros tiempos. Entonces mi tío tenía un palomar en casa de la abuela. Aquel lugar les estaba vedado a los niños, pero cogida de su mano subí muchas veces por las escaleras que llevaban al desván, y nos agachábamos para pasar por la puerta pequeña. Al principio no se veían más que las pizcas de luz que entraban por las grietas de las tejas. Después iban apareciendo los nidos que descansaban en los soportes de la pared. Las palomas revoloteaban asustadas y nosotros les poníamos maíz y agua. Era entonces cuando me contaba la historia de aquella palomita blanca que un día se marchó con el macho que había venido a arrullarla al tejado. Imitando a la paloma, se ponía a arrullar, y me encantaba lo bien que sabía hacerlo.

Pasó el tiempo. Vinieron la guerra y todas aquellas cosas que hicieron que mi tío anduviese escondido en casa. Allí, en el desván, todo quedó olvidado, sin palomas, sin arrullos, solo los restos de las cáscaras de huevo pudriéndose y un silencio como de muerte.

14

CHAQUETÓN

Salía de la oscuridad de aquel portal y cruzaba como una sombra huidiza el Callejón. Una chaqueta de hombre que se le escurría por los hombros cubría su cuerpo pequeño, chupado por el hambre. Llevaba las mangas recogidas y las canillas le salían como dos palillos rematados por unos pies siempre descalzos. Separaba las piernas para subir las escaleras sin pisar la chaqueta, mientras arrastraba por el suelo los cestos llenos de tebeos viejos.

La chaqueta grande, la cabeza rapada, la barriga de rana y los pies descalzos eran un desafío cara a una sociedad injusta e hipócrita, una sociedad que había dictado un bando prohibiendo que los niños anduviesen descalzos por la calle. Y ni siquiera les preguntaban si tenían zapatos que calzar.

Fue por eso que sus piernas flacas supieron de los correazos que le atizó la policía del cuartel de la Alameda aquella mañana en que, sentada en el banco junto a mi madre, esperábamos que nos dieran un informe para mi tío.

Los gritos agudos y el zumbir de las correas se oían por detrás de aquella puerta cerrada, mientras que, al otro lado del mostrador, las máquinas de escribir seguían con su taca-taca-taca indiferente.

Cesaron los gritos, se abrió la puerta y media docena de niños salieron encogidos, agarrándose las piernas, con el terror pintado en los ojos.

Reconocí entre ellos a Chaquetón, aquel niño que tantas veces había visto pasar desde la ventana de la casa de la abuela, siempre con el jarrillo en la mano, vacío a la ida, y con un poco de vino tinto a la vuelta.

Así lo conocí yo, de ir y venir con el jarrillo. Un día se me ocurrió preguntarle a la abuela:

—Abuela, ¿cómo se llama ese niño?

Y ella, dejando de barrer, se acercó arrastrando la escoba.

—Chaquetón —dijo.

Y desde aquel día el niño del jarro ya tuvo un nombre y, al verlo pasar, aplastaba la nariz contra el cristal y decía:

—Chaquetón, ¡se llama Chaquetón!

15

LOS CHINITOS

Puede que algún día, sentadas en el banco de la escuela con los brazos cruzados, meciendo el cuerpo adelante y atrás, hubiéramos estudiado de viva voz aquella lección. Puede. Pero yo no me acordaba ya de nada, y además aquello de las razas humanas no había quien lo entendiera.

Lo único que vine a sacar en limpio fue lo de los chinitos, que entonces, y por no sé qué confusión de ideas, vinieron a ser los negros. Creo que la culpa fue de aquel cartel a la puerta de la misa en el que, vestido de blanco de los pies a la cabeza, estaba el misionero rodeado de niños negros que tenían un taparrabos por toda vestimenta.

Debió de ser por entonces cuando la monja nos habló de los chinitos, y de ahí el enredo. Los chinitos estaban pasando hambre, nos dijo.

«¿Y quién no?», pensé, al recordar el plato que había quedado más que lamido a la hora de la comida.

Pero también era cierto que nosotras teníamos algo de ropa para protegernos del frío, si bien a los abrigos ya se les había dado la vuelta del revés, y por aquello de los estirones habían pasado a ser chaquetones, y después chaquetitas, con la tela otra vez del derecho. Pero algo era algo, y peor era nada, que hay que ver la vergüenza que debían pasar aquellos niños, y lo que tendría que sufrir la Virgen por la pérdida de la pureza de aquellas niñas con todo al aire, cuando nosotras teníamos que llevar en el maletín unas mangas de una camiseta vieja para ponérmolas al llegar al portal de la escuela, pues los vestidos nos los hacían con las mangas cortas, y la monja no dejaba de repetir aquello de «*la afrenta a la Virgen*».[9]

Al parecer, lo que más contaba en todo aquello de los chinitos era la labor que estaban haciendo los misioneros dándoles a conocer el catecismo, «labor muy de elogiar», decía. Porque nosotras no nos dábamos cuenta de la importancia de haber nacido en un país cristiano, y no pagano.

Yo no sabía qué quería decir aquello de pagano, pero suponía que no debía de ser nada bueno. No había más que ver el cartel de la misa para darse cuenta de que, fuese lo que fuese ser pagano, aquellos negros tenían que serlo a la fuerza.

Así que nosotras, cristianas por la gracia de Dios, teníamos la obligación de velar por ellos, y era tan poco lo que teníamos que hacer...

La verdad es que no supimos muy bien cómo iban a matar el hambre los chinitos con los papeles de plata de los caramelos y los sellos usados de correos, pero aquella tarde salimos a la calle dispuestas a hacer por ellos lo que fuese, o sea, revolver en la basura y ver qué

encontrábamos.

Aquello no duró. La monja empezó a no mostrar mucho entusiasmo por recoger toda aquella porquería que le llevábamos. Nuestra obligación de velar por los chinitos fue decayendo y todo nuestro afán por ellos no duró más allá de cuatro días.

16

ES PECADO DECIR MENTIRAS

Lo mejor de todo aquello era el bollito de pan blanco y la onza de chocolate. ¿Lo peor?, lo peor venía cuando nos llevaban a confesar.

«Ese ya se lo contaste la otra vez». Un hielo me subía por las raíces del pelo. «Bien, suponiendo que no se dé cuenta ya tienes uno, ¿y qué más?». Miré hacia los cirios, a la Virgen del altar mayor y a los ángeles, como si de ellos me pudiese venir la respuesta. «Ese puede ser otro, aunque también se lo has dicho todas las otras veces, y ya son muchas. Además es muy pequeño, de los que llaman veniales». Y vuelta a angustiarme. «¿Por qué no los tendré más grandes?»

Uno de los pecados mortales más grandes era el de no ir a misa, pero ¿quién echaba mano de él? Que si moríamos sin confesión y con semejante pecado en el cuerpo, que si el infierno, que si los demonios pinchándote, que si el chirriar de dientes, que si las calderas de Pedro Botero con el aceite hirviendo... Todas estas cosas aterraban e imponían lo suyo, pero aún peor era que a las tres faltas te echaban de la escuela.

—¡Madre Perfecta! —chillaba con voz de gato la encargada de vigilar nuestras ausencias—. *Fulanita no vino ayer a misa.*[10] —Y la aludida, que ya se había olvidado del asunto, ensartaba de modo farragoso un montón de mentiras.

A mi hermana Chita se le daba muy bien. Se acercaba a la monja y, en voz baja para que nadie pudiese decir: «¡ay no, madre, que las vimos ayer por Vigo!»;[11] empezaba a hablarle de nuestro bisabuelo, que estaba muy viejecito, a punto de morirse aunque, «*gracias a Dios*», no había sido en aquella ocasión.

—*Pero, eso sí* —aquí Chita metía la trola más gorda—, *oímos misa en la aldea, con nuestro padre...*[12]

Esto engatusaba a la monja de tal forma que se mostraba charlatana, y era como si de pronto nos tuviese en mucha estima.

¡Pensar que todo aquel andamiaje podía venirse abajo! La voz de alguna acusona desataría las iras del cielo y el rayo de Dios caería sobre nosotras. ¡Zas! Sin levantar los ojos del catecismo, siempre esperé ese momento, pero la cosa iba marchando bien. Claro que de esos cuentos no se podía abusar, y caían domingos y misas más que panes, y luego, con tanta confesión, no era fácil tener lleno el saco de los pecados, y venga a pasarlas moradas delante del confesionario. A la fuerza tenía que echar mano de las mentiras. Decir mentiras es pecado, pero ir a decírselas al cura aún tenía que ser un pecado mayor. Pensé que me estaba metiendo en un buen lío.

«¡Padre, yo estoy diciéndole mentiras!». Bien sabía yo que eso no se lo podía decir, porque

así no se hacen las confesiones.

—*¡Ave María Purísima!*

—*Sin pecado concebida. ¿Cuántos pecados tienes?*

—*Pues... verá... Padre, yo...* —Y le soltaba lo de siempre, la desobediencia a los padres.

—*¿Y qué más?*

—*Pues... verá, Padre, yo...* —El cura se movía inquieto dentro del confesionario.

—*¡No me hagas perder el tiempo! ¿Cuántos pecados mortales tienes?*

—*¡Ninguno!* —le respondí casi sin voz.

—*¿Y entonces, a qué vienes aquí?*

Me quedé atónita, sin decir nada.

A mitad de la tarde, la monja se ponía en pie y daba una palmada. Nosotras sacábamos el velo de la cartera y, con él en la cabeza, pasábamos por el patio y entrábamos en la iglesia. En los primeros bancos ya estaban esperando las del Salón con los uniformes azules y los velos blancos como el de la Virgen. Después, detrás, venían «las de cinco» (las llamábamos así porque pagaban cinco pesetas al mes), y por último, donde ya no quedaban bancos, nos arrodillábamos las gratuitas.

Esperé mucho hasta que me tocó la vez. Las arenas del suelo se me clavaban en las rodillas y me hacían daño. También me dolían los riñones, pero los intentos de descansar el culo en los talones eran inútiles por el acecho obstinado de la monja, que con un gesto de la mano y de la cabeza me obligaba a alzarme. Después, todo aquel lío de encontrar pecados, que ya no sabía una de dónde sacarlos. Y venga a machacar la cabeza. Y ahora el cura me preguntaba que a qué había ido yo allí. ¿Y cómo decirle que yo no iba por voluntad propia, que yo no quería ir? ¿Cómo decirlo? Yo no podía decir que no me gustaban la misa y la confesión, y que lo único bueno de todo aquello era el bollito de pan blanco, todavía caliente, y la onza de chocolate. Yo sentía en el fondo de mí, que esta era la mayor verdad, una verdad verdadera, pero también sabía muy bien que no la podía decir, porque si yo decía semejante cosa, ellos iban a pensar que yo tenía el demonio en el cuerpo; y si ellos lo pensaban, pues iban a tener razón y ¿quién se la iba a quitar? Se armaría una trifulca y todo el mundo clavaría sus ojos en mí; me encendería de vergüenza y desearía morir en aquel instante. Después tendría que dejar la escuela. Me echarían allí mismo, delante de todas. No, lo mejor era callar, pues como decía mi abuela, «habría que tener una boca prestada», y yo no la tenía, por eso callé.

El cura, al ver que no le respondía, se enfadó aún más y encima me puso una penitencia enorme. Ya en mi sitio, con los ojos anegados por las lágrimas, me negué a cumplirla.

—*¡No le rezaré y no le rezaré!*

—*¡Eso no lo puedes hacer! Mañana tienes que venir a comulgar. No reces lo que él te mandó, reza, si acaso, otras cosas.*

—*¿Lo podré hacer? ¿Y si Dios me castiga?*

Las dudas, el miedo, hacían que me doliesen las sienes. Sin embargo, pudo más el rencor y lo trastoqué todo: los padrenuestros por la avemarías, el credo por la salve... ¡qué sé yo lo que hice! Después quedé tranquila con la idea de haber fastidiado al cura y quedado a bien con Dios.

Al día siguiente, muy temprano, fuimos a comulgar. Como estábamos de las últimas tuve tiempo de sobra para angustiarme de nuevo.

—*¿Y si Dios me castiga?*

—¡Tú ya le rezaste!

—¡Pero no lo que me mandó el cura! Creo que esta vez he cometido un pecado muy grave.

—Pues no se lo puedes decir al cura.

—No, ¡eso sí que no! Prefiero decírselo a Dios.

—¿Y si no te oye?

—Creo que sí, dicen que es muy bueno.

—Pero a lo mejor está enfadado por lo que hiciste.

—Que esté. Ya me da igual.

—Te puede castigar, hacer que muera tu padre.

—¡No, eso no, Dios, no hagas eso! Te prometo rezar todo lo que tú quieras y lo que me mande el cura, pero no mates a mi padre que no tiene culpa.

Empecé a rezar a todo correr. La fila de delante ya estaba comulgando y la nuestra esperaba la orden de la monja para ir también.

—Rezará al volver, ¡te juro que rezaré!

Allá fuimos. Las manos juntitas. Teniendo cuidado de no torcer la fila. Sentí el frío de la piedra en las rodillas. Abrí la boca y cerré los ojos, tragué. Noté que mi compañera se movía y me puse también de pie, hice una reverencia y marché hacia mi sitio. Intenté rezar tan pronto como llegué, pero no pude. A pesar del juramento, no pude. La angustia se había ido. Ya no le tenía miedo a Dios, y pensar en la muerte de mi padre en ese momento me parecía una tontería. Hasta mí llegaba el aroma de los churros y del chocolate que estaban haciendo para las del Salón y no podía pensar en otras cosas, solamente pensaba en el hambre que tenía, mientras un ansia me rebullía por las tripas que rugían como locas.

El monaguillo cogió el libro de encima del altar, hizo una genuflexión detrás del cura, y lo puso al otro lado. Esto era una buena señal. La misa estaba acabando. El cura aún enredaba un poco limpiando los cacharros. Después, con los brazos alzados y poniendo los dedos igualito que el sagrado corazón que teníamos en casa, farfullaba otros pocos latines. ¡Ya faltaba poco!, solo quedaba la Salve, que yo jamás rezaba entera sin embrollarme, y entonces, con las prisas y el ruido que tenía en la barriga, movía los labios como si rezara, aunque no rezaba nada. Solo imaginaba el bollo de pan y la onza de chocolate que nos iban a dar.

Tan pronto como salía el cura, se oían las palmadas de la monja. Una palmada, de pie. Otra palmada, de rodillas, y aún otra más, y otra vez de pie. Después, tan derechitas que daba gusto verlas, salían las niñas del Salón, luego las de Cinco, y después nosotras. El aroma del chocolate y los churros nos hacía caminar de prisa. El olorcito quedaba atrás. Pasábamos por el patio y entrábamos en nuestra escuela. Allí esperábamos en un ambiente de fiesta la llegada de la madre Illáñez, y cuando aparecía por la puerta con la bolsa del pan y la caja con las onzas de chocolate ya partidas, un grito de alegría la acogía.

17

EL ESTRAPERLO

Y entonces nació aquella palabra. Nadie sabía de dónde venía ni quién la había traído, pero ganaba cuerpo en la calle y dentro de las casas, e iba a ser el centro de nuestras conversaciones diarias. Y al nacer, había traído de la mano a aquella otra que era su contraria y que se llamaba la tasa.

El estraperlo era todo aquello a lo que no se podía llegar, pongo por caso el aceite, que costaba veinte duros el litro, cuando mi padre ganaba dos duros y ochenta céntimos por un día de trabajo; y la tasa... bueno, la tasa eran las colas, las trifulcas y los golpes de los guardias.

Como riada revuelta, la gente venía en multitud. La forma en que corrían y la botella que llevaban en la mano eran la campanilla que alertaba.

Con aquel tropel, una desesperaba por llegar a la puerta de la tienda antes de que al sinvergüenza del tendero le diese por terminar. Gritos, manos alzadas, tirones de pelo y, aún encima, las porras de los guardias apaleándonos.

Abrían la puerta de vez en cuando, y los empujones arreciaban. A las madres el corazón se les salía por los ojos al mirar nuestra agonía, y nos gritaban: «¡salid, salid de ahí!», mientras ellas seguían empujando.

Algunas veces teníamos noticia de que daban el aceite en otro sitio, y entonces, dentro de un portal, juntábamos todos los poquitos en una sola botella y volvíamos a la faena.

Por la noche las colas se hacían en las carboneras, en la de la Alameda y en la de las tres *portiñas*. Aquello ya era otra cosa. No había empujones ni guardias ni golpes. Solo la oscuridad, rota en las noches de luna llena. Los cestos se perdían calle abajo en larga procesión. En verano era fácil quedarse allí hasta las dos o tres de la mañana. Se contaban historias, se hacían chistes, los rapaces se obstinaban en enamorar a las rapazas, y la gente estaba tranquila y se reía. En invierno ya no era lo mismo. Hacía mucho frío y llovía. Las mujeres también hacían turnos para guardar el sitio y los cestos, pero daba pena verlas dobladas en el rincón de una puerta, tapadas con un pedazo de manta.

Si las que quedaban no eran de ley, los cestos adelantaban o aparecían tirados fuera de la fila, y por la mañana temprano, tan temprano que todavía era de noche, llegaban las otras y, al ver el embrollo, se encolerizaban todas. Pero lo normal era que la cosa se llevase bien, pues terminaban conociéndose y quedaban pocas que hiciesen trampas.

Fueron malos tiempos. ¡Los peores, que yo recuerde! Los niños aprendimos a comer las algarrobas que antes les daban a los caballos, y también la calabaza que comían los cerdos.

Recuerdo con placer aquel caldito dulce, calentito, hecho con calabaza, unas pocas judías, un trozo de unto y un poquito de harina de maíz.

Por entonces, el pan pasó a tener dos nombres. Uno era el pan blanco y otro el pan negro. El pan blanco se vendía a escondidas, y eran pocos los que llegaban a él. Un trozo de pan blanco en la mano de un niño era una provocación para los demás rapaces, que no le quitaban ojo, y más de uno se quedó sin él de un zarpazo. El pan negro, a pesar del hambre, no había quien se lo tragase. Con la miga se hacían pelotas que botaban como si fuesen de goma. A veces nos lo daban amarillo y sabía a podrido.

La gente comentaba en voz baja que toda cuanta mierda tiraban por el mundo adelante venía a caer a nuestro país. Los españoles podíamos con todo lo que nos echaran, y ¡calladitos! Sabíamos bien lo que le esperaba a quien protestase, pero con socarronería se hacían chistes. Nos volvimos un pueblo muy chistoso y nos reíamos a carcajadas. Aunque a veces alguna de nosotras abría la boca para reír y terminaba llorando, como me pasó a mí cuando fui a echar la cuchara al plato, y tan rápidos habían sido los demás que ya no quedaba nada. Al principio, sin saber qué hacer, me eché a reír y luego a llorar, y mi padre, perdiendo la paciencia, me dio un sopapo.

Aprendimos muchos dichos distintos, chistes, canciones y palabras nuevas. Un buen manojito de palabras nuevas: estraperlo, tasa, rojos, se te va a caer el pelo, falangista, el paseo, el rosario de la aurora, la estrella matutina, *morrer á miñoca*,^[13] cara al sol, *salus infirmorum*, estar del pecho, pneumotórax, arriba España, cartilla de racionamiento, *pecata mundi*, ¡Franco, Franco, Franco!, la hiciste una, la hiciste grande, la hiciste libre, ¡Buena la hiciste!

18

EL AÑO CUARENTA Y UNO

—¡No, no me lo pidas, ya sabes que no hay!

Al decirlo se le llenaron los ojos de lágrimas y yo sentí un dolor angustioso que me subía por el pecho y me atascaba la garganta.

Había tanta tristeza en su voz que me olvidé del runrún que había tenido toda la tarde en el estómago y que me había hecho volver corriendo de la escuela para, una vez en la puerta de casa y sin aliento, pedírselo. Allí mismo, en la entrada, me senté en el suelo y comencé a llorar quedamente, sin gritos, comprendiendo bien la inutilidad de mi llanto. Y lloraba por eso mismo, y por la tristeza entreverada en la voz de mi madre, y porque, en lo más profundo, reconocía la tragedia que supone no tener un pedazo de pan cuando todo en ti lo pide a gritos.

Alcé la cabeza al sentir entrar a mi padre que venía de trabajar.

—¿Qué te pasa? —me dijo. Y yo doblé la cabeza sobre el pecho, arreciando en el llanto, congestionada por los sollozos.

—¿Qué le pasa? —oí que le preguntaba a mi madre.

—¡Qué le va a pasar, tiene hambre! Llegó de la escuela pidiendo pan y...

Como una centella pasó por delante de mí hacia la puerta.

—¡Me cago en Dios! —dijo, golpeándola con fuerza.

Dejé de llorar, asustada. En mi vida había visto a mi padre en aquel estado, y yendo contra el de arriba, a quien, como él mismo decía, le habían enseñado a respetar.

Mi madre, también asustada, me dijo:

—¿Ves, ves lo que hiciste?

Y entonces volví a llorar, y lloraba sin parar porque tenía tantas cosas por las que llorar que aquella primera ya no valía nada. Yo ya no quería pan, solo quería que todo aquello no fuese de verdad.

Había perdido la noción del tiempo cuando la puerta se abrió de nuevo, y mi padre entró por ella por segunda vez. Ahora traía la nariz y la camisa manchadas de sangre, y un ojo hinchado que empezaba a ponerse morado.

Se sentó a la mesa de la cocina con la cara entre los brazos y rompió a llorar. Después, un poco más calmado, cogió el paño y se secó las lágrimas y la sangre. Le temblaba la voz:

—La mujer tenía los bollos de pan de maíz puestos encima de un banco. «Deme un quilo de pan». «Aquí lo tiene, hijo mío, bien pesado». Entonces le puse las dos pesetas en la mano. «Es la

tasa, ¿no es así?»

»Así está escrito con tiza en las pizarras. Yo ya sé que la harina vale más, y además está el trabajo. La gente tiene que vivir de su trabajo. Nosotros no inventamos el estraperlo, y esa pobre gente trabaja como yo para salir adelante. No lo habría hecho de tener las seis pesetas que me pidió. Pero no las tenía ¡y yo quería traer el pan!

Cuando llegó a este punto, rompió a llorar otra vez, hablando de forma entrecortada, y entre los llantos yo pude ver el pan desmigajado por el suelo y a aquel hombre que había salido de los muelles de la Ribera golpeando a mi padre.

Aturdida, sintiéndome culpable por ser la causante de aquella reyerta, renegué del pan y del hambre que me había hecho llorar por él. ¿Qué importancia tenía ahora, al mirar su abatimiento?

De repente, como con rabia, se volvió hacia mí:

—No vuelvas a llorar, ¿me oyes? Que no te vea yo que te pones a llorar por el pan.

Luego, como sintiendo el peso de su impotencia humana para ponerle remedio a todas aquellas cosas, gritó:

—¡No hay, entiendes! ¡No hay! ¿Qué puedo hacer yo, qué quieres que haga?

19

EL BICHO

Tenía hambre. Metí la mano en el bolsillo del abrigo y, allí en el fondo, acaricié el patacón. «¿Qué podría comprar?».

«Compraré un vestido para ir a bailar. No, no, que ya tengo, prefiero un collar. ¿Y si comprara...? Compró un lacito, y adornó el rabito».

Al lado de la acera, el asador con cara de tren me sofocó con su olorcito tibio. Le di el patacón y las manos negras de ceniza del hombre desaparecieron detrás de la ventanilla.

Las dos castañas le crujieron en la mano. Sentí su calorcito en las mías. Marché lentamente mientras pelaba la primera. La mastiqué. Se esparció por toda mi boca un sabor dulce... Enseguida pelé la otra y la metí en la boca, ¿qué era aquello? No podía ser otra cosa, ¿y si tuviera un bicho? ¡No, no era cierto que tuviese! A veces no tenían. ¡Pero a veces sí! Bien, ¿y qué? El estómago no iba a darse cuenta, me había costado una chica y además yo tenía hambre, no iba a escupirla ahora que ya tenía en la boca un sabor de todos los demonios. ¡Qué sabía el estómago de bichos! Pero yo sí. ¡El bicho asado, macilento en el agujero! A punto de escupirla: ¡no, no era cierto que tuviera, no tenía! Sabía mal, pero no tenía. Tragué, ¿y de qué me sirvió? Seguía teniendo hambre, y ahora, además, aquel sabor repugnante en la boca. Me acordé de la primera castaña, de su saborcito tan dulce. Sentí un acceso de rabia y deseos de llorar. Eché a correr. Abrí y cerré repetidamente los ojos. Me limpié la nariz con la mano. Subí lentamente las escaleras. Le eché la culpa al hombre y me cagué en él. Volví a correr. Abrí y cerré repetidamente los ojos. Me limpié la nariz con la mano.

Miré la ventana encendida de mi casa. «¿Qué te pasa?». Sabía que lo contaría llorando, y luego las burlas.

Abrí y cerré repetidamente los ojos. Me limpié la nariz con la mano. Estiré la boca de oreja a oreja. Abrí la puerta y sonreí.

20

EL TOÑO

Al caer la noche, mi madre me llenaba la cacerola con el caldo.

—No pases por la Herrería a estas horas, vete por arriba, y no te pares por el camino.

Hasta la mitad de la cuesta todo iba bien, pero las casas y las luces quedaban atrás y el miedo cogía cuerpo y me hacía temblar como un mimbre. Me parecía que todos los *sacaúntos*[14] y todos los hombres del saco que andaban por el mundo adelante me aguardaban escondidos en la oscuridad del camino.

En lo alto de la cuesta las dos hileras de árboles me hacían pensar en la *Santa Compañía*. Corría vertiendo caldo sin cuidado y no paraba hasta llegar arriba. Entonces, con el corazón al galope, y aunque las piernas enloquecían por seguir corriendo, comenzaba a andar despacio, mirando hacia la garita del cuartel y al soldado que hacía guardia en ella. Aguzaba el oído esperando siempre escuchar la voz de mando.

—¿*Quién va?*[15]

—*¡Somos gente de paz!*[16] —tenía que contestarle.

Decía mi abuela que así era como debía hacer, no fueran a pensar que yo no era gente de paz y me pegaran un tiro. Pero yo solo escuchaba el golpeteo de mi corazón y la algarabía de los grillos, y, por encima, el silencio denso de la noche.

Cuando dejaba atrás la garita con el soldado, volvía a correr con todas mis fuerzas, y llegaba sin aliento.

—¡Abuela!

A sus pies, sentada en la escalera, me sosegaba liberándome de todos los miedos.

Enseguida venía el Toño a hacernos compañía. Se sentaba a mi lado y los tres mirábamos por la puerta abierta la noche mansa, hablando a ratos, callando a veces, maravillados por el encanto de aquel instante en que el toque de silencio del cuartel, aquel tararí, tararí del cornetín rompiendo la noche, subía sobre los árboles y las casuchas que todavía echaban humo por encima de las tejas.

El Toño rompía a hablar tartamudeando; la cara se le ponía encarnada y cerraba los ojos para empujar las palabras.

—Yo ya... cené. Es... taban buenas las pa... papas. ¡Ca... calentitas, con la le... leche po... po... por encima! Sin mu... muchos grumos. A mí tanto... me da, pe... pero al Vicente no le... le... gustan con gru... grumos, y... y llora, y mi madre le zu... zurra.

Las papas de harina de maíz estaban a la orden del día en casa del Toño; con grumos o sin ellos. También lo estaban en la mía. Con las cáscaras. Hablábamos de las cáscaras. De la manía de nuestras madres de no cerner la harina para que no menguase. Con grumos, aún... pero las cáscaras no había quien las tragase, rascaban la garganta, se pegaban a ella, y lo mejor era escupirlas.

¡Se montaba un buen barullo de escupitajos! Todos alrededor de la mesa comiendo en silencio, la cuchara de la boca al plato y del plato a la boca, y... tpú... tpú... tpú.

—¡Bah! —El Toño se encogía de hombros. Él era el único que estaba siempre de acuerdo con los mayores.

—¡Quién nos diera muchas... tapan muchos huecos! —como un murmullo nos llegaba la voz de mi abuela.

Y era cierto. Las papas mataban muchas hambres, gracias a las lecheras que traían el maíz oculto en el bidón de la leche. Después había que llevarlo a moler al molino de Pereiró, al pie del Lagares, y bien escondido, no lo fueran a requisar.

El Toño nos hablaba de su padre.

—Mí...mi madre, le...le da en el desayuno un...una taza de pa...papas, y por la noche, antes de acostarse, ce...cena otra ta..taza de papas.

Y entre taza y taza, el ir y venir de la carretilla llena de piedras. Era como un castillo, grande y gordo, y desde abajo uno se admiraba de que aquel mundo de hombre estuviera hecho de papas.

Los hijos no habían salido a él. El Toño, aunque algo bajo, iba tirando, pero el Vicente... ¡Aquel rapaz llevaba encima el aire de un sapo, el mal de ojo y quién sabe cuántas cosas más! No hablaba, ni tan siquiera como el Toño, que se defendía a su modo; y ya era grande y aún no se había echado a andar. Lo habían llevado a cuanto santo y bruja había, y ni santos ni brujas hicieron nada por él.

Mientras hablábamos se había hecho tarde, pero daba pereza moverse de allí y dejar la luz del farol y la conversación con el Toño.

—Tenemos que acostarnos, Toño, mañana es día de escuela.

—Sí, buenas noches. Hasta mañana si Dios quiere.

Subíamos las escaleras a tientas y, mientras me acostaba, la abuela acercaba una cerilla a la mecha, que alumbraba medio ahogada en el aceite del vaso. Después, poniéndose de rodillas, afilando la voz como cuando cantaba en la misa aquello de «*¡Dios está aquí, venid adoradores, adoremos a Cristo Redentor!*», [17] comenzaba el lloriqueo:

—*¡Señor, oídme! ¡Oídme, Señor!* [18]

Y entre un padrenuestro y una avemaría, la cantinela de siempre:

—*¡Ampara a este hijo, Señor! ¡Haced que vuelva al redil esta oveja descarriada!* [19]

La tocata iba por mi tío, que era la única oveja descarriada que había en la casa.

—¡Abuela, vente a acostar, anda!

—Calla, ya voy, reza tú también.

—*Cuatro esquinitas tiene mi cama, cuatro angelitos guardan mi alma.* [20] Ya recé, abuela, acuéstate.

La llama de la mecha alumbraba el rostro de los santos que miraban perplejos hacia ella.

Cuando se metía por fin en la cama, yo le pedía que me contase el cuento de la Virgen, aquella Virgen que se le había aparecido a una niña que, sentadita al pie de la cueva de un animal muy

grande, esperaba que este saliera y se la comiese a ella en lugar de a su abuela. La Virgen, que era una señora muy guapa, muy guapa, al ver el sacrificio de aquella niña tan buena, quiso salvarla, pero como la niña no sabía quién era la señora, le decía:

—¡Márchese, señora, márchese!

Pero la Virgen esperó por el animal, que salió haciendo un ruido como de tormenta, y recogiendo una paja del suelo, se la tiró a la cabeza diciéndole:

—¡Detente, animal!

Y al animal se le erizó el espinazo, se le curvaron las uñas, hizo ¡Fuuuu!, echando humo por la nariz, y murió.

La niña del cuento le daba un beso a la señora y se echaba a correr hacia su casa, donde la abuela no había dejado de llorar por ella. Al saber lo que le había sucedido, la llenó de besos y abrazos.

Al terminar el cuento, mi abuela me preguntaba si yo haría lo mismo por ella, y yo le decía que sí, pero añadía:

—¡Que venga la Virgen y mate al animal, ¿eh?!

21

UN DÍA DE BUENA VIDA

—Toma, mujer, ponlo en el aparador, que ha quedado más limpio que si lo hubiera fregado.

Era entonces cuando por encima de los platos rebañados surgían las historias de siempre:

—¿Os acordáis del queso que os traje aquel día? —empezaba a decir mi padre—. Aquello no era un queso, aquello era una rueda de un carro, ¡y lo comisteis en dos días, tirabais de él como si fuera pan! ¡Es que en esta casa no se puede tener nada! ¡Os lo comisteis todo!

—¡Y qué querías que hiciésemos con él! —le respondía mi madre—, era para comer, ¿no?

—¡Sí, caray, pero...!

Y aquel queso empezó a tener historia. Y también tuvo historia aquel día de fiesta opulenta que hicimos cuando mi padre encontró cinco duros al salir del trabajo.

—¡Carmela! —Era el nombre que le daba a mi madre los días que estaba contento—. Arregla a las niñas que hoy vamos a cenar a *La Cueva*.^[21]

—¡Tú te has vuelto loco! —le dijo mi madre, y fue a olerle el aliento.

—¡Que no mujer, te juro que ni siquiera tomé un chiquito!, ¡pero si acabo de salir ahora mismo del trabajo! Y mira lo que encontré.

Echando la mano al bolsillo hizo bailar por encima de la mesa los cinco duros de plata.

Estábamos sentados ante una mesa muy bien preparada con su mantel blanco y sus servilletas colocadas dentro de los vasos.

—A ti ya sé lo que te gusta.

—¡No, Xesús, no!, que eso cuesta mucho dinero.

—¡Tú a callar!, un día es un día.

Batió palmas dirigiéndose a la rapaza del mandil blanco, se creció dos palmos e hinchó pecho:

—Una ración de centollo para la mujer y un bisté con patatas fritas para todos.

Sin rebuscar mucho, el bisté con patatas era lo mejor que había en el mundo, por lo menos que uno supiese, pero cuando lo acabamos, mi padre se volvió más exquisito y entonces se acordó de la carta.

—¡Arrea!, ¿sabéis lo que tienen? ¡Choquitos a la brasa! Esto no me lo pierdo yo por nada del mundo. No en vano soy de la tierra de los chocos.

Nuestra madre, con vergüenza, miró de reojo para las otras mesas y, bajando la voz, comenzó a decir que el pescado no se come después de la carne, que eso no estaba bien visto y que éramos

unos ignorantes, y que se iban a reír de nosotros por no saber comer.

—¿Que no sé comer? ¡Tú aún no me has visto darle a los dientes! ¡Además, mira, yo hoy hago lo que me apetezca, y si ahora me apetece comer choquitos, pues como choquitos! —Y batió palmas.

—Choquitos para todos, y después flan, y luego... la cuenta. ¿Os acordáis? ¡Veintiuna pesetas! ¡Qué tiempos, eh! Con las cuatro pesetas restantes aún fuimos al cine Tamberlik, a delantera, como unos potentados. ¡Cada vez que me acuerdo! Y con un duro de los de antes. Un hombre con un duro de plata en la cartera era un rey, y no conseguía gastarlo; y ahora, esta mierda de papeles, y ya no hablemos de los billetes de los tranvías, tan malolientes y que se pierden como nada. ¡Y es que antes... y es que ahora...!

—¡No, no, papá, no empieces otra vez con esas historias! Hablad de cosas de comer. Anda, abuela, cuenta tú aquello de los roscones. ¿Por qué mandabais a los hijos cada uno con su roscón alrededor del cuello?

—Era una costumbre para que la gente supiese que había hartura en la casa. Todo el campo se llenaba de rapaces y rapazas que iban cada uno con su roscón.

—¿Y no les echaban el diente?

—¡Cuidadito, ya iban ellos bien avisados!

Al llegar aquí mi madre se partía de risa al acordarse de la historia aquella de las castañas que mi abuelo había puesto a secar debajo de la cama, y que enseguida disminuían, no tanto por su merma natural al secar, sino porque poco a poco iban desapareciendo como si el tardo,^[22] por las noches, en vez de jugar a la baraja, que era lo suyo, se entretuviese en roerlas. Pero mi abuelo, que era un hombre descreído para esas historias, puso a los ocho hijos en fila y, contaba mi madre, muerta de risa, que les dijo:

«¡Que no me entere yo de que por altas o por bajas me van ustedes a las castañas!»

Mi abuela soltaba un suspiro, lloraba un poco en recuerdo de su querido difunto, y pasando de los llantos a las risas y de las risas a los llantos, iba derramando fragmentos de su vida.

—¡Muchos trabajos para criar aquellos ocho lobeznos! —decía—. Pues vuestro padre murió pronto.

—Descalcitos de pie y pierna —soltaba mi madre.

—Y luego, con las zapatillas en la mano hasta llegar a la puerta de la escuela, y porque no os dejaban entrar descalzos, pero eso sí, os crié con mucha hartura: «ve donde la Gangarangana y que te dé un real de huesos, que te los pique bien picaditos, que son para guisar, luego pasa por el Paseo de Alfonso y de la tienda de los aceites me traes tres patacones de arroz partido», ¡y hacíamos una tartera de comida para hartarse! Ahora, todo anda al revés. Vas a buscar carne y te dan huesos, antes ibas a por huesos y te los daban con mucha carne alrededor. Eran otros tiempos.

—Bah, ¿ya estáis otra vez? Hablad de cosas de comer, caramba.

22

LA CALLE DE LA HERRERÍA

Los dos caminos me llevaban a casa de la abuela. Durante el día podía ir por cualquiera de ellos, pero en cuanto se hacía de noche:

—Ve por arriba, no es bueno que pases a estas horas por la Herrería.

Que yo supiese, en la Herrería no pasaba nada. A aquella hora de la mañana la pianola parecía dormir un sueño tranquilo, mientras la madre de la Carmiña armaba mucho ruido en la cocina y hervía la leche que nuestra amiga sorbía, cabeceando de sueño, sentada en el velador de mármol con pies de hierro.

—¡A ver, acaba! —la apuraba mi hermana—. ¡Vamos a llegar tarde!

—*¡Ahí vienen las tres peritas en dulce!*[23] —decía la monja cuando entrábamos por la puerta de la escuela siempre con la lección del catecismo empezada.

—¿Ves? —La Chita le daba con el codo—. Por tu culpa —le reprochaba.

La gente que vivía en la Herrería era la gente de la Herrería y punto. Las mujeres eran las mujeres de la vida, y se diferenciaban de las de la Plazuela por la forma de vestir, de pintarse los labios y qué se yo. Pongo por caso que en la Plazuela no había ninguna mujer a quien llamasen la *collona*, y tampoco ningún Pepe Negro que anduviera todo el santo día de chaqué y sombrero de copa, y el padre de mi amiga no era como mi padre, porque hacía años que había venido de Sevilla y todavía llevaba puesto el traje de bailador y aquellos zapatos de tacón que hacían reír a la Gloria. Pero la Gloria reía porque no era de la Plazuela, hacía poco que habían ido a vivir allí, y resultó una armadanzas. Todavía me acuerdo de lo alterado que había andado el barrio cuando el madrileño se juntó con Manolo el del Callejón y otros rapaces de la Rúa Alta, y se fueron a pasear por la Herrería, no se sabe con qué intenciones. Pero, según contaba la Gloria, las mujeres los habían espantado de allí y no pasó nada. En la Plazuela no quedó nadie que no estuviese al tanto del asunto, pero por aquello de la ropa tendida que decían siempre que andaba yo por medio lo poco que pillé no tenía ni pies ni cabeza.

Había, si acaso, un cierto misterio, pero lo único que yo veía era algún que otro hombre borracho que daba el espectáculo tambaleándose; y cuando nos parábamos a mirar, siempre había alguna mujer que nos echaba de allí a toda prisa, y no pasaba nada.

A mí lo que más me llamaba la atención de toda la Herrería era un perro viejecito que, según su dueña, tenía más años que Matusalén.

—¿Por qué llora? —le preguntaba yo cuando lo bañaba en una tina a la puerta de la casa.

—Creo que no le gusta que lo bañen.

—¿Y por qué no le gusta?

—Porque va para viejo, mira que tiritona. A ver, hombrecito, a ver. ¿Qué te pasa, eh?

—I... i... i... i —lloriqueaba el perro hecho una cataplasma.

—A lo mejor llora porque le pica el jabón en los ojos. A mí también me pica cuando me baña mi madre. Además, nuestro jabón huele mal porque lo hacemos en casa con sebo de carnero.

—¿Y cómo lo hacéis? ¿Y qué le echáis además del sebo?

—Pues lo ponemos a derretir en una tartera vieja y después mi madre le echa un patacón de polvos de gas y otro de polvos de sosa que nos manda traer de la droguería Pardo. Después lo deja hervir removiendo con un palo sin parar, y luego lo echa en una caja y lo deja enfriar. Cuando está cuajado, lo corta en barras, y después en tacos. Mi padre dice que da el camelo, y mi madre le responde que lo importante es ir lavados y lo demás son cuentos, porque el que dan en el racionamiento no llega a nada y tampoco huele muy bien que digamos.

—Tu madre es la Carmiña, la que se casó con el relojero, ¿no?

—Sí, ¿y tú cómo lo sabes?

—¡No lo voy a saber, si de pequeñas jugábamos todas juntas en el campo! ¿Cuántos hermanos sois?

—Ahora quedamos tres porque la Piliña se nos murió al poco de nacer. Y tú, ¿tienes hijos?

—¡Qué voy a tener! Yo tengo este parrandero que para darme trabajo me basta.

—Mi abuela tiene una gata. La llamamos Farruca, pero es muy salvaje porque se crió en el campo. El otro día, le robó a la del Matrós un trozo de carne que se ve que tenía para echarle al caldo. Corría con la carne a rastras, y la señora Victoria iba detrás de ella echando chispas y gritando como una loca.

»Nosotros no tenemos gato en casa, pero la señorita que viene a cobrar el Plato Único[24] le prometió a mi madre uno de angora. A mi padre no le gustan los animales, pero dicen que estos son muy finos y no hacen porquerías por toda la casa. ¡Ya podía traerlo mañana!

—¿Te gustan los gatos, entonces?

—Me gusta jugar con ellos, pero la Farruca no se deja, me araña. Bueno, ya me voy. A ver si volvió de misa la abuela.

—¡Vete, vete, hijita, vete! ¡Vete derecha!

23

EL CHAMBO[25]

El chambo se hacía en la cuesta, al pie del monte del Castro, y a dos pasos de mi casa. El desfile de trastos viejos, herramientas, ropa usada, y todo cuanto cachivache había se alargaba a ambos lados del camino, a la sombra de los árboles.

Desde siempre nosotras íbamos a mirar, pero hubo una temporada en que nos dio como una epidemia y nos hicimos chambonas. Toda la Plazuela estaba en el asunto, bueno... toda la Plazuela... es un decir, porque las místicas no eran gente de andar en esos trasiegos. ¡Ni tan siquiera se juntaban con nosotras para jugar, cuanto menos...! Siempre metidas en casa, mirándonos jugar desde el aislado balcón... hablar pío... pío... rezar e ir a misa derechitas junto a su madre... ¡Tenía que ser bien aburrido! ¡Allá ellas!

Para montar el negocio, primero tuvimos que conseguir un cajón para llevar las cosas, luego hacer la faltriquera para meter el dinero, y después arramplar con todo lo que se nos pusiera por delante, que no era mucho.

Empezábamos los viernes al salir de la escuela. Por el camino hablábamos impacientes de los tesoros que todavía podían estar escondidos debajo de las escaleras del cuarto oscuro. Después, al llegar a casa, no era tan fácil. A tientas, empezábamos a rebuscar. De pronto, el contacto pegajoso y blando de una tela de araña nos hacía recular y buscábamos ayuda.

—No arméis danzas a estas horas, que vuestro padre está al llegar.

Entonces echábamos mano de una llorera hasta que, cansada de oír aquellos clarinetes, nuestra madre encendía una vela:

—¡Vais a ver como se me queme la comida!

Y a cuatro patas se metía por el hueco de las escaleras y tiraba de los cajones hacia fuera.

—¡A ver qué lleváis!

—¡Bah!, pero si no queda nada a lo que Dios le ponga virtud.

Carmiña había hecho sociedad con nosotras. Ella también había tenido que lloriquear un poco hasta que su madre le dio unas cucharas sin lustre y unas tazas de café rotas. No era mucho, y andaba muy desanimada. Nos dijo que por la noche iba a robarle a su hermana un montón de prospectos de cine, de los que andaban más escasos. Con los prospectos esparcidos como si fueran cartas de una baraja, contábamos con llenar el puesto. Al llegar la noche íbamos a marcarlo con piedras, y como el sitio siempre nos parecía poco y a aquella hora podíamos escoger, nos quedábamos el más grande y mejor situado.

A la mañana siguiente, como no era cosa de madrugar, cuando llegábamos al chambo todo estaba ya en plena actividad. Era obligado respetar los puestos marcados, así que allí estaba el nuestro, enterito. Pero cuando nos veían llegar y desplegar toda aquella cacharrería, ya teníamos la fiesta armada. Los de los lados decidían echarnos de allí, pero nosotras les hacíamos frente diciendo que abusaban porque éramos pequeñas, que no tenían ningún derecho pues pagábamos como el que más... Aunque no era verdad, pues cuando veíamos llegar al hombre que cobraba, achicábamos el puesto. El hombre pasaba con el talonario en la mano, miraba el sitio vacío, se sacaba la visera, se rascaba la cabeza, sonreía, y nos hacía pagar cuatro patacones.

—Diablo de rapazas... ¡Cuánto saben! —murmuraban nuestros vecinos de venta.

Si por un casual se acercaba algún rapaz a mirar los prospectos de cine, o alguna mujer rebuscaba entre las cosas, la Chita y yo nos hacíamos las disimuladas, pero la Carmiña saltaba de contento. Mi hermana le reñía, no teníamos que dar a entender que deseábamos vender, pero cuando la mujer hacía intención de irse... entonces no había que dejarla marchar.

—¡Venga aquí! ¿Qué está buscando?

—Quería ver esto... pero no vale.

—Ay... ¡No vale!...

—No vale, le falta un trozo.

—Eso no tiene importancia.

—¿Cuánto pedís?

—Siete patacones.

—¡Bueno!... ¡Estáis locas! —Y se echaba a andar.

—¡Venga aquí! ¿Cuánto da?

—Y qué os voy a dar. Tres patacones.

—No se burle. Tres patacones es poco.

—¡Bah! Si esto no vale, está todo roto. Cuatro patacones y no os doy más. ¡Terminad si queréis!

—A ver, venga aquí.

Cuando nos cansábamos, metíamos los trastos en el cajón e íbamos a dar una vuelta. Nos parábamos delante del montón de gente que había juntado el Chepa con el cuento de que el Panchito se iba a poner a bailar.

—Echaos para atrás, rapazas, que vais a ahogar al lagarto.

Qué íbamos a ahogar nosotras, si el Panchito ya no hacía ni chis.

—*Panchito, quiero que estas señoras y estos caballeros te vean bailar.*[26]

Y el Panchito, ni fu. Despatarrado encima del cajón, no movía ni la nariz, cuanto menos...

La gente parecía esperar un milagro, pero buenos estaban el Chepa y el Panchito para milagros. Así, el lagarto iba a parar al fondo del cajón, y el Chepa montaba el negocio a todo correr. Abría el paraguas, lo ponía del revés contra el suelo, y exponía en él los retratos de cuanto bicho hay: garrapatas, pulgas piojos, cucarachas, chinches... ¡grandes como caballos! Las mujeres escupían en el suelo y tenían escalofríos de repugnancia. Y el Chepa venga a gritar elogiando los polvos que vendía ya empaquetados y que, según él, no había bicho que se le resistiese.

El Chepa vendía los polvos allá por el verano. En invierno montaba otro negocio. Cambiaba el lagarto por la mujer. La sentaba en una silla, le tapaba los ojos con un paño negro, y le preguntaba:

—¿En qué está pensando esta señorita?[27]

Y la rapaza de la aldea, que no era ninguna señorita, se echaba a reír, y se ponía encarnada como un pimiento cuando la mujer respondía:

—En su novio.

—¿En quién piensa este caballero?

—En un familiar que marchó a la América.[28]

—¡Es cierto! —decía el hombre.

Entonces la gente se animaba y preguntaba por los que estaban lejos, o enfermos, o si les iba a tocar la lotería; y el Chepa empezaba a recoger dinero que guardaba en una cajita que tenía la mujer sobre el regazo.

Después subíamos por el chambo, mirando primero un lado y luego el otro. Pero lo mejor de todo estaba arriba, donde se hacía la feria. Pararse delante de una vaca, mirarle los ojos mansos, indiferentes a todo... Pensar en lo que ella estaría cavilando, siempre masticando, agitando el rabo para espantar las moscas. Y después estaban los cerdos, tan bulliciosos y ruidosos, queriendo ir en sentido contrario al que los llevaban. Y después las ovejas, y los caballos, y la gente... Tanta gente que venía de la aldea, que hablaba a gritos por encima de los gruñidos de los cerdos, que vestían distinto, que llevaban zuecos en los pies, paños amarillos en la cabeza las mujeres... Todo aquel rebullir de gentes, de animales y de cosas era para mí lo mejor del chambo.

24

EL GALLINERO[29]

El día de la semana que más me gustaba era el jueves. Cierto que por la mañana teníamos que ir a la escuela, pero al salir, no bien traspasada la puerta, me sentía libre.

El domingo no era igual. Había que levantarse temprano para ir a misa, y por la tarde ir al cine de las tres y media. A mí me gustaba ir al cine, ¡a quién le amarga un dulce!, pero una cosa es ir al cine y otra pasar por aquellos trabajos antes de podernos deleitar delante de la Shirley Temple, de la Deanna Durbin o del Freddie Bartholomew.

Lo primero de todo era tener el dinero. La general costaba tres patacones y aquello era un dineral. Hacerse con ellos chica a chica[30] no era nada fácil. Probábamos de todo, desde poner un tapón en la vía y esperar a que viniese el tranvía y lo aplastase, hasta coger los trastos el sábado e ir con ellos al chambo, o hacerle los recados a la Sinita para que luego te dijera: «¡mañana te doy una chica!», y desear que ese mañana se hiciese alguna vez hoy, o llevarle la ropa planchada a mi tío y andar detrás de él mientras no soltara la mosca. De todo eso, lo más fácil era hacer un patacón de un tapón, lo más difícil era atreverse a pasarlo y más aún que colase. Ya por último íbamos a hacerle la rosca a nuestro padre.

—Acaso pensáis que yo siembro el dinero, o qué. ¡Como si a mí me dieran el dinero por dormir! Esto del cine es para los ricos. ¡Hay que dejarse de vicios!

Ya teníamos sermón para rato, y nos podíamos dar con un canto en los dientes si, al terminar, nos largaba un par de patacones. Y a cada paso a contar el dinero: ¿cuánto tenemos, cuánto nos falta?, y después aguantar a mi hermana, que con todos esos quehaceres se ponía de muy mal talante y la pagaba conmigo: que si no ayudaba a juntar el dinero, que si yo era una tunante que pensaba que siempre me lo iban a dar todo limpio y mondado.

Pero ahí no acababan todos mis males.

—¿Todavía estás así? ¡Van a dar las tres y tú con esa calma! ¡Venga, come deprisa! ¡Apura, acaba!

Y acababa, acababa atragantada. Después íbamos corriendo a buscar a la Carmiña. ¡Otro lío! La Carmiña salía siempre a la puerta llorando y con los ojos como berberechos.

—Pasad... —sollozaba—, no me dejan ir.

—¡Señora Balbina, ande, deje venir a la Carmiña al cine!

—¡No, esto no puede ser, no se puede ir todos los días al cine! ¡A dónde vamos a parar!

—Ande, señora Balbina, que hoy ponen una muy bonita.

Cuando hablaba mi hermana, la Carmiña escondía las orejas, y cuando hablaba la madre, arreciaba con los lloros y miraba de reojo el reloj de la pared. Se daba cuenta de que se hacía tarde y no íbamos a encontrar entradas. Después de mucho insistir, la madre le daba por fin el dinero.

—¡Toma, toma el dinero y no me rompáis más la cabeza! Y a ver qué haces, ¿eh? Mira que no te vea el niño, que si no, quiere ir él también.

El niño estaba jugando a las canicas. Pasábamos por su lado a zancadas despacito. Él miraba para nosotras pasmado como un tonto con la boca abierta, y cuando se quería dar cuenta echábamos a correr como si en lugar del niño lleváramos detrás de nosotras un perro rabioso.

Se podía pensar que después de eso ya estaba todo resuelto. Pues no, todavía quedaba lo peor. Primero los empujones para coger las entradas, y eso le tocaba siempre a Chita; luego empujábamos todos a una hacia la entrada del paraíso, que ya el nombre lo definía, pero al revés. Ahogos, apreturas... Aquella puerta era como un embudo, y pasábamos por ella de lado, de culo, o como cuadrace, pero siempre con los pies lejos del suelo. Después, como los de la caballería ligera, galopábamos escaleras arriba para coger sitio en el gallinero, lo más holgado posible, que apretado ya quedaría cuando se llenase el banco.

Bullicio, griterío, peleas... Se apagaban las luces y ponían el NODO. Ya se sabía: que si el Papa paseando sentado en la poltrona, que si Franco bajo palio, que si Franco y su mujer, que si Franco y sus ministros, y venga de moros, y mucho apretón de manos, y venga de Hitler, y mucho desfile de pierna tiesa. Después los tambores y las cornetas con tocata del himno y la gente en las aceras con el saludo de vamos a ver si llueve. En fin, la paparruchada de siempre.

Con el NODO arreciaba el barullo. Tronaban los pedos («gases, hija, gases»), estallaban las risas y no amainaba hasta que no salía el león de la Metro dando los rugidos. Se hacía el silencio, pero duraba muy poco, pues cuando más absortos estábamos viendo la película, un rapaz falto de sitio en el banco iba a parar con el culo en el suelo. Risotadas, chistes, gritos...

—¡Callad, eh! ¡Chiiss! ¡Chiiss!

Después me venía una culada del lado derecho y otra del lado izquierdo, y ya me dejaban magullada para el resto de la película.

Por todo esto a mí me gustaban más los jueves, estaba más tranquila. Podía hacer lo que quisiera, o no hacer nada. Así, sin más.

25

EL BARRENDERO

Un rayo de sol caía sobre la pared encalada de la casa de enfrente. Sin agobios. No tenía que ir a ningún sitio, ni siquiera al cine. Era jueves, me sobraba el tiempo y podía emplearlo en lo que más me apeteciese. Si había gorriones en la Plazuela, y a aquella hora nunca faltaban, me ponía a mirar sus vuelos, y observaba con atención su andar tan gracioso y, si me apetecía, no había nada que me impidiese bajarme de la ventana y andar alrededor de la mesa imitando con los pies juntos sus saltitos menudos. No había nada más divertido, ni siquiera aquello de tirarse tumbada rodando por el campo.

Como siempre, empezaba a oírse primero el chirriar de la carreta, pero tardaba aún en llegar porque paraba aquí y allá para recoger la basura que juntaba con la escoba ladeada. Cuando por fin llegaba, podía mirar sus largos bigotes que reviraban hacia el cielo, el traje de pana desteñida y la boina con la visera atravesada en la cabeza. Se paraba delante de nuestra casa. Con la escoba dibujaba estelas a su alrededor. Agarraba la pala y recogía los papeles que echaba en la carreta. Liaba un pitillo. Se escupía en cada mano, se las restregaba y se iba despacito llevando el chirriar de la carreta por delante.

Yo le decía adiós muy bajito, y añadía:

—¡Hasta el jueves!

Y ya no podía verlo, pero todavía oía el chirriar de la rueda, cada vez más lejano.

La Plazuela perdía la calma de la hora de comer. Los pájaros huían. A cambio ya venía una nueva algarabía más ruidosa: la pita, el galope, el pasemisí... Hacia el anochecer, los juegos aterradores: «*María, dame la carne que es mía...*».[31]

La voz de alguna madre, como un clarinete en la noche, llamaba a retirada. Antes de que me pillase el sueño, me ponía a cavilar:

«¡Mañana tengo que ir a la escuela!» Y fruncía el ceño.

Lunes, martes, miércoles... cinco dedos de una mano y dos más de la otra hacían siete. Todavía tendrían que pasar siete días. Entonces sería otra vez jueves, caería el sol en la pared de enfrente y vería pasar al viejo barrendero. «Adiós» le diría muy bajito «vuelve pronto».

26

OBSESIÓN

Había metido la cabeza entre los barrotes del pasamanos y no me perdía nada de lo que pasaba abajo: llevando a sus hijos uno a uno colgados de la boca, la Farruca trajinaba inquieta. De vez en cuando posaba el gatito en el suelo y, levantando la cabeza hacia mí, soltaba un maullido quejumbroso. Ella sabía que iba a perderlos, pero yo no la podía ayudar, aquellas eran cosas de mi abuela que no estaba de acuerdo con que, a cada poco, le trajera a casa una camada de gatos. La pobre, en su desesperación, no atinaba con un escondite seguro para ellos y los cambiaba de sitio en una rutina sin descanso. En eso andaba la gata cuando otra cosa vino a llamar mi atención.

Las bisagras chirriaron largamente y poco a poco un haz de luz fue entrando por la puerta entreabierta. Pensé que venía a buscar a mi abuela, que tenía muchos nietos, algunos propios y un montón de ellos prestados. Era la abuela Ramona de todos los niños del campo, y cuidaba a los más pequeños mientras dejaba pasar el tiempo sentada en la piedra que había al lado de la puerta de la casa.

Aquella vino por su propio pie moviendo al andar la faldita floreada por la que asomaban los piececitos descalzos. Se sentó en la escalera sin notar mi presencia. Yo estaba muy calladita y tranquila cuando, tentándome el demonio, observé su largo pelo rizado cayéndole por los hombros. Por aquel entonces ya andaba yo con la manía de cortar todo cuanto pelo o cosa parecida se encontrase a mi alcance. Había dejado rapada a mi muñeca y a la de la Chita; y Moro, aquel gato pequeño que teníamos en casa, había quedado sin bigotes de tanto que jugué con él a llevarlo al barbero.

La idea me vino de inmediato y no lo pensé dos veces. Corrí a la cocina y descolgué del pincho las tijeras que tenía mi abuela para quitarle las agallas al pescado.

Ella no se movió, se dejó hacer, y la cosa no fue fácil, era mucho pelo para aquellas tijeras del demonio. Ni ayudándome con las dos manos encontraba la manera de que le quedara el pelo todo por igual. Yo sudaba a mares y ya me pesaba haberme metido en semejante fregado, pero una vez empezada la cosa tenía que terminarla como fuese.

El último mechón cayó al suelo. Sin darme tiempo a admirar mi obra, la gitanita se irguió enseguida, me echó una mirada como quien dice: *«espera un poco, que ya verás tú»*, y se marchó con su andar vivaracho.

Cansada como había quedado, no me percaté bien del significado de su mirada hasta que la vi volver trayendo a su madre de la mano.

«¡Vaya!» —pensé yo—. «¡Aquí va a arder Troya!»

Y como ya no me daba tiempo a escapar de la casa, corrí escaleras arriba hasta llegar a las del desván. Me agaché y, acechando entre los palos del pasamanos, esperé los acontecimientos que no tardaron en llegar.

—*¡Señá Ramona! ¡Señá Ramona!*

—*¡Voy, ya voy!* —me llegó hasta arriba la voz suave de la abuela.

—*¡Señá Ramona!, ¿onde está su nieta? ¡Ay, mire uté cómo ha pueto a mi niña! ¡Como la coja, é que la mato, eh!*

Mi abuela, para calmarla, trató de quitarle importancia al asunto y, para que se fuera conformando, le dijo que las nenas con el pelo corto estaban más bonitas porque el pelo les comía la cara. Pero la mujer no se dejó convencer.

—*¡Ay, Señor del Gran Podé! ¡Mira mi niña, como me la han dejao! ¡Ca vez que la veo! ¡María Santísima, si paece que le han cortao el pelo a pedrá!*

Cuando por fin se marchó, después de mucho alborotar, la pobre de la mujer todavía iba publicando el bando por el campo adelante.

—*Ay, Señor, el lío que voy a tené yo con mi hombre, na má ve a la niña.*

Cuando todo quedó en calma, bajé las escaleras despacito, y me escapé como si me persiguiera el demonio.

27

EL SEÑOR BENITO

El señor Benito era el brujo más conocido de todo el contorno. Vivía en el monte de la Guía, en una casucha de cascotes rodeada de pinos. Tojos y helechos crecían en el recibidor. La gente se sentaba donde podía, y él lo hacía en una silla toda descoyuntada, con el asiento remendado con mimbres. A sus pies, un gato negro se adormecía y, entre trance y trance, le pasaba la mano por el lomo.

Su trabajo comenzaba por la mañana temprano y terminaba cerca del anochecer. Por entonces eran tantos y tantos los hombres que desaparecían o morían, que las mujeres, angustiadas, andaban buscando noticias que les aclarasen cualquier cosa, lo que fuese, sobre ellos. Muchas ya llevaban luto, el paño sobre la cabeza perfilaba aquellas caras marchitas, de labios mustios y ojos llorosos, porque la muerte había sido más cruel, ya que sus hombres no habrían debido morir. «¡Un pedazo de hombre!». Sus hombres no eran solamente hombres, eran ¡pedazos de hombres! Al escucharlas, una los veía grandes, buenos, trabajadores.

Se contaban su vida las unas a las otras, sus penas, los trabajos que estaban pasando cargadas de hijos y de miserias, sin amparo del hombre a quien una mala noche habían sacado de casa con grilletas, como si fuera un asesino, acusado de tener ideas. «¡Era un hombre de ideas!, por eso lo mataron».

Y las ideas comenzaron a ser algo que teníamos que desterrar, para no tener que morir. «¡Mirad, mirad lo que le pasó a vuestro padre! ¡Callad, estad calladitos! Eso no se puede decir. ¡No habléis de eso, olvidaos de todas esas historias! No vais a conseguir nada, si acaso que os lleven a dar el paseo. ¡Callad... callad... callad!» Sordos y mudos. «¡Callad!»

Y mientras, ellas iban a ver al señor Benito para estar con sus hombres, para saber de ellos, y contarles sobre los hijos, y preguntarles si estaban bien en el otro mundo, si ya les habían dado luz, si sabían que estaban muertos o aún se creían vivos andando en este mundo. Algunos, allí mismo, se daban cuenta de su muerte, y buscaban sus cuerpos con los ojos del alma, y los encontraban tirados en la cuneta, encogidos y con la sangre saliéndoles por los agujeros que les habían hecho las balas. Temblaban (el señor Benito temblaba).

—¿Quién es ese hombre? ¿Qué hace ahí tirado? ¡Me da mucho miedo!

—¡Mira a ver si eres tú, hijo mío! —le decían las mujeres.

Pero ellos no querían mirar. El señor Benito se retorció poniendo las manos delante de los ojos y gritaba:

—¡No puedo ser yo! ¡Yo no puedo estar muerto! ¡No puede ser, no puede ser! ¡Yo quiero vivir!

Y lloraban, el señor Benito lloraba... Después, más sosegados, decían que ya les iban a conceder una pizca de luz.

—Pues síguela, hijo mío, que te ha de llevar por buen camino.

—Me voy con la luz, pediré permiso para venir otra vez, pero ahora me voy... me voy... me voy.

El señor Benito despertaba, abría los ojos, acariciaba al gato y entraba en trance otra vez.

28

PAPÁ MANUEL[32]

—Se nota bien desde que está él en la gobernación. Es como un padre para nosotros. Desde que él entró, nos dan un cuarto de litro de aceite a la semana, y algo de azúcar y arroz. Poco es, desde luego, pero aún es algo, que peor hemos estado.

—¡Calla, calla! No me lo recuerdes. Los mayores ya estamos acostumbrados, lo malo son los niños. Llega uno harto de trabajar y se encuentra con la mujer angustiada y los hijos llorando de hambre. Era mejor que nos pegasen un tiro y ¡se acabó!

—Tienes razón, hombre, tienes razón, pero yo creo que este hombre hará por nosotros, ¡ya verás!

—Dios te oiga, que falta hace.

Todo el mundo, mujeres y hombres, hablaban del nuevo gobernador, del papá Manuel.

—Dicen que mañana viene a Vigo, y que va a ir por los mercados a hablar con las mujeres. Tenemos que hacerle un buen recibimiento, y hay que poner la bandera *roja y gualda*[33] ya que la tenemos en casa, por aquello de no dar que desconfiar.

Y se pusieron banderas nacionales en todos los balcones.

—¡Viva el gobernador! ¡Viva! ¡Papá Manuel!

Los pechos doloridos contenían por un instante la tos que los destrozaba, para llamar:

—¡Papá Manuel!

A su paso las caras flacas se encendían, y las manos aplaudían a más no poder.

Su palabra tenía la calidez del nido, y las mujeres en la calle y en los mercados lloraban y le tocaban las manos y la ropa como a los santos. El fantasma del hambre y de la tuberculosis, acechante detrás de cada puerta, nos tenía atemorizados, y entonces nos mandaron aquel hombre que se mostraba cariñoso como un padre, prometiendo pan y paz.

—Dicen que el papá Manuel les concede la amnistía a los escapados, a los que todavía andan por el monte.

—Puede ser una trampa, yo en su caso no bajaba. ¿Quién se lo garantiza?

—Papá Manuel no puede hacernos eso, él está con nosotros.

—Bah, ¡mira! Déjate de cuentos. Él está con los que tiene que estar, con los de arriba, ¿o tú qué piensas? A mí nadie me lo saca de la cabeza; eso es una trampa para cazarlos a todos como conejos.

—Pues yo te digo que no, que él no puede hacernos eso. Pero si es un santo, hombre.

—Buenos están los santos, y tú con ellos.

—¡Hay que tener fe, hombre, hay que tener fe!

—¿Fe, después de lo que pasó?

—¡Eh, vosotros, ya está bien! ¿Es que queréis que se me caiga el pelo o qué? Ya sabéis: a beber vino tranquilitos y a hablar de política a otro lado, ¿o no habéis leído el cartelito que me han puesto en la pared? Pues lo dice bien claro: «*se prohíbe hablar de política*»,^[34] así que a cerrar el pico y tengamos la fiesta en paz.

—Tienes razón, hombre, en boca cerrada no entran moscas, y que sea lo que Dios quiera.

El monte de Puxeiros hervía de hombres en mangas de camisa y mujeres rodeadas de niños. Subíamos y bajábamos monte arriba, monte abajo, en un ir y venir de hormigas.

—Oye tú, ¿qué pasa allá arriba?

—Allá arriba no pasa nada. Gente, se ve mucha gente, como aquí. ¡Calla! ¡Escucha!

Desde unos altavoces gritaban diciéndoles a los escapados que saliesen de los escondites, que se presentaran sin miedo, que ya los habían perdonado y que no iban a hacerles nada. Pero nadie entendió bien lo que estaba sucediendo allí. Unos decían que habían aparecido los del monte y se habían entregado, otros que no se había entregado nadie.

Era ya de noche cuando una cansada riada humana se derramaba carretera abajo. Los niños más pequeños echaban un sueño, acurrucados en brazos de las madres, y los mayores, hechos unas mujercitas y unos hombrecitos, íbamos haciendo ruido con los pies cansados y preguntando a cada paso:

—¿Cuánto falta para llegar? ¿Pero cuándo llegamos?

Lejos, muy lejos, Vigo, como una gran piedra oscura llena de centelleantes luciérnagas, se adormecía.

* * *

Tiempo roto
terminó de digitalizarse
en las oficinas de Ménades Editorial
en noviembre de 2019, cinco años después
de que la publicación Festa da palabra silenciada,
de la FIGA (Feministas Independentes Galegas),
realizase un homenaje a Margot Chamorro
con una recopilación de textos
y acuarelas de la autora.

NOTAS

[1] En castellano en el original.

[2] Los lamentos de los pinos.

[3] Referencia al poema Longa noite de pedra, de Celso Emilio Ferreiro.

[4] El antiguo Frontón Vigués en la calle María Berdiales (después cine Niza) que se habilitó para alojar a los detenidos.

[5] En castellano en el original.

[6] En castellano en el original.

[7] Idem.

[8] Moneda que valía diez céntimos de peseta, también llamada «perra gorda».

[9] En castellano en el original.

[10] En castellano en el original.

[11] En castellano en el original.

[12] En castellano en el original.

[13] Morir por consunción o extenuación. Dícese también de la persona muy pobre, que está falta de recursos y de alimentos.

[14] Es un personaje que asusta a los niños, igual que el hombre del saco. Se dedica a sacarle la grasa a los niños pequeños hasta dejarlos en los huesos.

[15] En castellano en el original.

[16] En castellano en el original.

[17] En castellano en el original.

[18] En castellano en el original.

[19] En castellano en el original.

[20] En castellano en el original.

[21] Famoso restaurante de Vigo.

[22] El tardo es un duende de la mitología gallega.

[23] En castellano en el original.

[24] El día del plato único era una imposición por ley en España que se estableció el 30 de octubre de 1936 en plena Guerra Civil Española en el bando sublevado, mediante la cual en los restaurantes, los mesones y cualquier hotel establecimiento hostelero durante los días 1 y 15 de

cada mes se servía un plato único pero se cobraba entero. El sobrante se dedicaba a beneficencia. El cumplimiento del día del plato único era de carácter obligado, los que no lo practicaban eran tachados de desafectos al Movimiento y corrían el riesgo de ser incluidos en las «listas negras de los malos patriotas» y someterse al pago de multas.

[25] Tienda de chamarilero, mercadillo, en Madrid: rastro.

[26] En castellano en el original.

[27] En castellano en el original.

[28] En castellano en el original.

[29] Parte más elevada de un cine, teatro etc., donde se encuentran las localidades más baratas.

[30] Moneda española de cobre o aluminio que valía cinco céntimos de peseta.

[31] En castellano en el original.

[32] Manuel Gómez Cantos, Gobernador Civil de Pontevedra en 1939, luego conocido por el apodo de «el sanguinario» en Extremadura.

[33] En castellano en el original.

[34] En castellano en el original.